

Selección



ADAM SURRAY

EL DIFUNTO QUIERE VENGARSE


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

ADAM SURRAY

EL DIFUNTO QUIERE VENGARSE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 291
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 25.586 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: setiembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

PROLOGO

John Joggerst retornó a Fieldsville después de una larga ausencia de veinte años.

Lógicamente encontró muy cambiada la ciudad.

Sí.

Veinte años era mucho tiempo.

También John Joggerst había cambiado.

Cuando salió de Fieldsville era un hombre joven y fuerte. Ahora regresaba envejecido y enfermo.

Deseaba morir en Fieldsville.

Ser enterrado en su pequeña ciudad natal.

Aquel deseo sorprendió a muchos. Recordaban la salida de John Joggerst veinte años atrás. En compañía de la bella Kathryn Freed.

En aquel entonces John Joggerst contaba veintidós años de edad. Kathryn apenas había cumplido los dieciocho.

Un apasionado amor de juventud que no fue aprobado por la orgullosa familia de los Joggerst. La joven Kathryn, hija de un humilde molinero, no era digna de un Joggerst.

Los Joggerst...

Una rancia familia con mucho orgullo y poco dinero. Temerosos del escándalo. Influenciados por la cercana Filadelfia, centro de enseñanza y religión. Curia de las buenas costumbres. Culta y conservadora.

Los habitantes de Fieldsville también eran así.

Extremadamente puritanos. Haciendo gala de Una falsa e hipócrita moral.

Se demostró cuando John Joggerst notificó a su familia que su enamorada Kathryn estaba embarazada.

La ira de sus padres, las maldiciones de tío William, el desprecio de su hermana Nadine, la escandalizada tía Karla...

La vergüenza y el deshonor habían caído sobre los Joggerst.

Para evitar el escándalo recurrieron a Peter Freed, el padre de Kathryn. Un puñado de dólares para que abandonara Fieldsville en compañía de su desvergonzada hija.

Peter Freed no aceptó.

Entonces los puritanos Joggerst sugirieron a Kathryn el abortar.

La muchacha, respaldada por el sincero amor de John Joggerst, se negó.

De poco sirvieron las amenazas.

John y Kathryn deseaban contraer matrimonio cuanto antes.

El escándalo y el deshonor para los Joggerst pronto fue del dominio público. Y los hipócritas habitantes de Fieldsville volcaron todo su desprecio sobre la joven pareja de enamorados.

Los orgullosos Joggerst se vieron obligados a actuar según sus sanos principios.

Arrojaron a su hijo John de casa.

No pudo refugiarse en el hogar de los Freed. Misteriosamente, aseguran que fue un rayo purificador, se incendió la humilde casa de Peter Freed. Este pereció entre las llamas.

John y Kathryn, sin una mano amiga y cenadas todas las puertas, fueron arrojados de Fieldsville.

Se dirigieron a Filadelfia.

Con su amor como único equipaje.

John Joggerst trabajó día y noche. Vendedor de periódicos en las primeras horas de la mañana, lavaplatos, descargando camiones... Aquel exceso le hizo caer enfermo a los pocos meses.

Cuando Kathryn más le necesitaba.

Estaba próxima a dar a luz.

El poco dinero ahorrado con tanto sacrificio se fue en adquirir medicinas para combatir las altas fiebres que atacaron a John Joggerst. Necesitaba cuidados. Un lugar más salubre que aquella mísera habitación alquilada.

Y Kathryn Freed, tragando su propio orgullo, decidió ir en demanda de auxilio a Fieldsville. Los Joggerst no se la negarían. Era para curar a John.

Kathryn llegó a Fieldsville en una tormentosa noche.

La lluvia caía torrencial sobre las desiertas calles de la ciudad.

No se abrieron las puertas para Kathryn.

Ninguna.

Kathryn quedó tendida sobre el asfalto. Frente a la casa de los Joggerst. Allí la encontraron al día siguiente.

Muerta.

Y con ella el fruto que llevaba en sus entrañas.

El doctor Ralph Taylor dictaminó pulmonía, pero no era cierto.

La mataron los habitantes de Fieldsville con su crueldad.

Encabezados por la familia Joggerst.

CAPITULO PRIMERO

Veinte años...

Sí.

Mucho tiempo.

Fieldsville va no era la pequeña ciudad puritana. Había cambiado. Ya no imitaba a Filadelfia, la City of Brotherly Love (*Filadelfia es conocida como "La Ciudad del Amor Fraterno"*). Ahora la juventud se drogaba en las discotheques y hacía el amor en el asiento trasero del auto sin que nadie se escandalizara.

La moral y las buenas costumbres se pierden con el paso del tiempo.

Los padres de John Joggerst habían fallecido. Dignamente y sin un centavo. Al igual que tío William. Quedaba tía Karla. Soltera y amargada.

El retorno de John Joggerst fue acogido con frialdad por quienes le recordaban.

¿Por qué regresaba a Fieldsville?

¿Para vengarse?

Ahora podía hacerlo.

John Joggerst había amasado una fabulosa fortuna en Nueva York. Puede que por medios poco lícitos, pero lo cierto es que llegaba forrado de dólares.

Y enfermo.

Un tumor maligno.

Cáncer.

Los mejores médicos de Nueva York le habían dado un máximo de seis meses de vida.

No se equivocaron.

John Joggerst falleció a los seis meses de su llegada a Fieldsville.

Sin ver a nadie de la familia. Ni tan siquiera a su hermana Nadine. No quiso recibirles. Compró el caserón conocido por el nombre de Stoker y allí se encerró en espera de la muerte.

Y ahora estaba siendo enterrado en el panteón situado a espaldas del siniestro caserón.

John Joggerst...

En elegante traje negro. El rostro con marcadas arrugas. Las pobladas cejas semiocultando los cerrados ojos. Los labios hundidos en mueca fijada por la muerte. Sus manos enfundadas en blancos guantes. En el dedo índice de la mano izquierda un valioso anillo. Un sello de oro representando la cabeza de un lobo. Los ojos eran dos brillantes de incalculable valor.

Joggerst había dado orden de ser enterrado con ese anillo.

Se cerró el ataúd.

Los allí presentes respiraron aliviados.

No resultaba agradable contemplar el cadáver de John Joggerst. Tema algo extraño. La mueca de su rostro. Aquellas enguantadas manos... Algo

imposible de definir, pero realmente sobrecogedor.

La pesada losa de mármol aisló definitivamente a John Joggerst del mundo de los vivos.

Ninguna lágrima.

Nadie lloró.

Karla Joggerst se esforzó en ello, pero sin éxito. No lamentaba en absoluto la muerte de su sobrino John.

Nadine, la hermana de John Joggerst, tampoco derramó una lágrima. Nunca se había llevado bien con él. Ahora, después de veinte años de ausencia, encontraba nuevamente a su hermano John.

En un ataúd.

También estaban presentes los dos hijos del difunto tío William.

Elliot y Cynthia.

Elliot tenía veintiocho años de edad. Melenudo. Con una chaquetilla de cuero, pantalón tejano y botas de altas cañas. En la boca una pastilla de chewing-gum.

Su hermana Cynthia, de veintidós años de edad, era una muchacha de singular belleza. Una blusa a cuadros amigada bajo el busto y un ceñido jeans era su vestimenta de funeral.

Ni Elliot ni Cynthia recordaban lo más mínimo al difunto.

Eran demasiado pequeños cuando John Joggerst fue arrojado de Fieldsville.

Había un individuo más, pero no pertenecía a la familia Joggerst.

Era George Mulhare. El notario recién llegado de Nueva York. El había citado a todos los allí presentes. De no ser así posiblemente nadie hubiera acudido al funeral.

Se encaminaron hacia la mansión.

Jerry Coburn, el hombre que sirvió a John Joggerst durante sus seis meses de estancia en Fieldsville, permanecía bajo el porche.

—¿Ha llegado alguien más, Coburn? —inquirió el notario.

El criado denegó con un movimiento de cabeza.

—¿Para qué nos citó aquí, señor Mulhare? —preguntó Nadine.

—Son los herederos de John Joggerst. Dentro de unos minutos procederé a la lectura del testamento.

Nadine, Karla, Elliot, Cynthia..., todos intercambiaron codiciosas miradas no carentes de sorpresa. Ciertamente no esperaban nada de John Joggerst.

—Acabamos de enterrar al bueno de John —se lamentó hipócritamente Karla—. Considero más honesto demorar para mañana la lectura del testamento.

—Esta misma tarde regreso a Nueva York, señora. Comprendo su dolor, pero deben reponerse a él.

—¿Esperamos a alguien más? —se interesó Nadine.

El notario consultó su reloj.

—En efecto. Había citado a...

George Mulhare se interrumpió ante el estridente chirriar de las ruedas de un auto en brusco giro sobre el asfalto.

Un vehículo se adentró veloz en el amurallado recinto. Enfilando hacia el caserón.

Un deportivo «Chevrolet Corvette». Un aerodinámico coupé rojo de dos puertas e igual número de plazas.

El auto frenó frente a la casa.

Descendió un individuo joven. De unos veintiocho años de edad. Pelo rubio y ojos azules. Rostro de correctas facciones. Complexión atlética.

Vestía un conjunto cardigan polo color tabaco y pantalón de pana.

George Mulhare se adelantó unos pasos.

—¿Señor Charles Sullivan?

El recién llegado asintió.

—Disculpen mi retraso. Hubiera sido mi deseo llegar al funeral.

—Soy George Mulhare, el notario que cursó la citación. ¿Puede mostrarme algún documento que acredite su persona?

—Por supuesto —el llamado Charles Sullivan abrió el cardigan para extraer un portadocumentos. Quedó visible, en el costado izquierdo, una funda acoplada al cinturón. Asomando la culata de un revólver—. Esta es mi credencial como investigador privado. Tengo además...

—Es suficiente —Mulhare comprobó la documentación—. Síganme todos, por favor.

Pasaron al interior de la casa.

Charles Sullivan fue el más rezagado.

Tal vez para estudiar a cada uno de los presentes.

Sus ojos se encontraron con los de Nadine Joggerst.

La mujer mantuvo desafiante la mirada. Sin alterarse. Incluso cuando Sullivan, deliberadamente y con insolencia, descendió sus azules ojos por el cuerpo femenino.

Nadine ya había cumplido los treinta y cinco años de edad. Su cuerpo había alcanzado la máxima perfección. La plenitud de la mujer que sólo se consigue entre los treinta y treinta y cinco años de edad.

Su negro vestido, lejos de significar luto, era endiabladamente provocativo. Marcando cada una de sus curvas. Los prominentes senos, las anchas caderas...

El rostro de Nadine también resultaba seductor. Especialmente sus labios. Carnosos. Húmedos. Devoradores. Lascivos... Al igual que sus ojos cargados de fuego.

Una mirada lujuriosa que Sullivan supo catalogar.

Pasaron a un espacioso despacho-biblioteca de mobiliario frío y severo.

Toda la casa daba esa sensación de frialdad que resultaba siniestra.

George Mulhare depositó un portafolios sobre la mesa escritorio.

—Coburn... ¿Quiere avisar a la señorita Taylor?

El sirviente abandonó la estancia.

Retornó a los pocos minutos acompañado de una bella muchacha.

La joven vestía uniforme de enfermera.

Mulhare esbozó una sonrisa.

—Bien... Creo que ya podemos empezar. No, Coburn, no se retire. También a usted le concierne el testamento de John Joggerst.

Jerry Coburn no era un mayordomo. A sus cuarenta y dos años había desempeñado infinidad de oficios. Minero, ferroviario, agricultor... Su afición desmedida por el alcohol no le mantuvo en ninguno de ellos por mucho tiempo. Cuando John Joggerst llegó a Fieldsville contrató sus servicios. Fue el único, junto con la enfermera Mary Ann Taylor, al cuidado de John Joggerst.

Jerry Coburn entornó los ojos acentuando así su taciturno rostro.

Sorprendido por las palabras del notario.

En un tenso y expectante silencio sonó la voz de George Mulhare.

—El difunto John Joggerst redactó este testamento semanas antes de su llegada a Fieldsville. Aunque ausente muchos años, siempre estuvo al corriente de los acontecimientos. De todo lo relacionado con su familia era cumplidamente informado.

—¿Por qué no acudió entonces al entierro de sus padres? —inquirió severamente Karla.

Mulhare se despojó de los lentes.

Fijó sus ojos en la mujer.

En despectiva mirada.

Sin responder a la pregunta volvió a ajustarse los lentes.

Abrió el portafolios

—John Joggerst abandonó Fieldsville hace aproximadamente veinte años. Terminó por establecerse en Nueva York. Sin un centavo, pero la suerte y su propio esfuerzo dieron como fruto el amasar, con el paso del tiempo, una considerable fortuna. John Joggerst se dedicó a... a diversos negocios. Hace un año fue informado de su grave e insalvable enfermedad. Decidió vender todos sus negocios, acciones, bienes... Se desprendió de todo cuanto le ligaba a Nueva York. Malvendió para reunir el máximo capital en efectivo. Este asciende a un total de dos millones trescientos mil dólares.

Ninguno de los presentes habló, pero sí se originaron nerviosos movimientos. Intercambio de codiciosas miradas. Muecas de asombro...

Sí.

Todos se removieron inquietos en sus asientos.

A excepción de Charles Sullivan que permanecía en pie. Apoyado en el mueble biblioteca. Fumando con aparente indiferencia un largo emboquillado.

George Mulhare extrajo varios papeles del maletín.

Carraspeó repetidamente.

—El testamento de John Joggerst es ológrafo, quiero decir que lo redactó con su propia mano y dándole posteriormente validez legal. Es muy breve... Procederé a su lectura. Dice así:

«Yo, John Joggerst, nacido en la localidad de Fieldsville, Pennsylvania,

mayor de edad, viudo, en pleno uso de razón y con plena conciencia de todo cuanto aquí escribo, dispongo: Que la casa recién adquirida en Fieldsville y conocida por el nombre de Stoker pase a propiedad de mi hermana Nadine Joggerst. También recibirá, en las condiciones más abajo fijadas, la suma de un millón de dólares.

»A mi tía Karla Joggerst, lego la cantidad de medio millón de dólares. Igual suma a repartir entre mis primos Elliot y Cynthia Joggerst, hijos de mi difunto tío William Joggerst.

»A Mary Ann Taylor, por sus desvelos en mitigar los dolores de mi enfermedad, lego la suma de ciento cincuenta mil dólares. Otros ciento cincuenta mil dólares para Jerry Coburn, que me sirvió en los últimos meses de mi vida dando las mismas pruebas de amistad que antaño.

»Las cantidades anteriormente señaladas serán entregadas por el notario George Mulhare transcurridos treinta días de la lectura del testamento. Los intereses que devengue el capital, depositado en un banco neoyorquino según justificantes en poder del notario y a comprobar por cualquiera de los herederos, se añadirá a los respectivos legados.

»No deberá existir acuerdo entre mis herederos para alterar en lo más mínimo los términos del testamento ni se anticipará cantidad alguna hasta una vez transcurridos los treinta días señalados. Aquellos herederos que no acudan a recibir su legado transcurridos los treinta días o fallecieran de muerte natural o violenta, perderán todo derecho a su parte de la herencia, pasando dicha parte a engrosar la de los otros herederos. En el improbable y remoto caso de que todos fallecieran o rechazaran su parte, mi fortuna sería entonces destinada a fines benéficos.

»Esta es mi voluntad y es mi deseo que se cumpla en todos sus detalles. Y para que así conste y verifique, firmo la presente,

»John Joggerst.»

George Mulhare dio por terminada la lectura, despojándose de los lentes y posando su mirada en los presentes.

Todos en silencio.

Impresionados por la lectura del testamento.

Un testamento que parecía redactado por el mismísimo Satanás.

CAPITULO II

El silencio se prolongó.

Ningún comentario.

George Mulhare carraspeó.

—El testamento ha sido redactado con bastante incorrección, pero es válido ante la ley. ¿Quieren formular alguna pregunta?

—¿Por qué tenemos que esperar treinta días para retirar el dinero? —dijo Karla Joggerst.

El notario se encogió de hombros.

—Esa fue la voluntad de John Joggerst. Ninguno de ustedes recibirá cantidad alguna hasta dentro de treinta días a contar de las cero horas un minuto del día siguiente a la lectura del testamento. Les espero en mi despacho de Nueva York, para esa fecha. A las once del mediodía. Una hora antes habré retirado los dos millones trescientos mil dólares del Banco junto con los intereses.

—La voluntad de John Joggerst... —rió Jerry Coburn en sarcástica carcajada—. Está demasiado claro. John odiaba a toda su familia. Espera que se maten entre sí.

Karla ladeó la cabeza.

Altiva.

Dirigiendo a Jerry Coburn una mirada de desprecio.

—Por supuesto que ése era el deseo de John, pero cometió el error de ser demasiado generoso. Mi sobrina

Nadine recibirá un millón de dólares. Elliot y Cynthia doscientos cincuenta mil cada uno. Para mí medio millón... Es demasiado. Nuestra posible ambición queda colmada con creces. Sólo tú, Coburn. Y Mary Ann. Sí, Coburn. Unicamente vosotros dos podéis ambicionar más. De ahí que John os incluyera en el testamento. Espera que uno de los dos se convierta en el brazo ejecutor. Cada heredero eliminado incrementará la cantidad de los restantes La desaparición de Nadine significaría un millón más a repartir. Tentador, ¿verdad?

—Seguro —volvió a reír Jerry Coburn—. Sólo tiene que mirar a su sobrino Elliot. Le brillan los ojos ante esa posibilidad.

Elliot Joggerst saltó del asiento.

Furioso.

—¡Maldito seas!... ¡No te consiento...!

Nadine se incorporó.

Aquel simple movimiento, unido a la severa expresión de su rostro, hizo enmudecer al airado Elliot.

También Jerry Coburn borró la sonrisa de los labios.

—Bien, señor notario —dijo Nadine con fría voz—. Tiene algo más que comunicarnos, ¿verdad?

—Pues... no. Unicamente indicarle que la mansión Stoker donde ahora nos encontramos, sí puede disfrutar de ella cuando guste. Junto con todos los muebles y objetos que encierra.

Nadine desvió la mirada hacia el impasible Sullivan. Luego volvió a posar ¡os ojos en el notario.

—Esperaba una explicación a la presencia aquí del señor Charles Sullivan.

—Me he limitado a cumplir un deseo del difunto John Joggerst. Me ordenó que citara al señor Charles Sullivan para la lectura del testamento. Ciertamente no se le menciona en el testamento, pero en mi despacho de Nueva York tengo un sobre lacrado que entregaré a Charles Sullivan igualmente dentro de treinta días.

Charles Sullivan se adelantó aproximándose a la mesa escritorio.

Contempló uno a uno a los allí presentes.

Fijamente.

—En ese sobre lacrado hay veinticinco mil dólares —afirmó Sullivan con voz carente de inflexión—, Esa fue la cantidad prometida por John Joggerst cuando me visitó en mi despacho de Filadelfia, Hace unos seis meses. Cuando iba de camino hacia Fieldsville. Contrató mis servicios de investigador privado abonando cinco mil dólares al contado y prometiendo esos veinticinco mil a los treinta días de la lectura del testamento.

—¿Cuál es su misión, señor Sullivan?

El detective lijó su mirada en Karla Joggerst.

Instintivamente la relacionó con las brujas de los cuentos de hadas.

Sí.

Era muy semejante.

Karla ya había pasado la frontera de los cincuenta años. Rostro alargado y con la piel materialmente pegada a los huesos. Los pómulos salientes. Pobladas cejas. Ojos hundidos...

Una perfecta bruja.

—John Joggerst era un hombre extraño. Mi primera intención fue rechazar el trabajo, pero sinceramente era demasiado bien pagado. Acepté. Con la convicción de que mi trabajo se limitaría a treinta aburridos días en Fieldsville. El señor Joggerst me comentó que iba a repartir su fortuna entre varias personas, con la particularidad de que la muerte de un heredero significaría aumentar el legado de los restantes, John Joggerst, ante el temor de que la ambición tentara a alguno de los herederos, contrató mis servicios. Si alguno de ustedes se dedica a liquidar a los otros para quedarse con todo, es mi misión descubrir al supuesto asesino y presentarlo a las autoridades. Será el heredero de todo, pero entre rejas no disfrutará de la fortuna.

—¡Eso es un insulto! —Exclamó Karla con balbuceantes labios—. ¡Una grave ofensa! ¡No somos...!

—Por supuesto, señora Joggerst —interrumpió Sullivan con burlona sonrisa—. Simples temores del difunto John Joggerst. Me consta que nada ocurrirá y dentro de treinta días todos acudiremos a Nueva York, felices y

contentos; pero yo debo permanecer en Fieldsville hasta que se cumpla ese plazo. También marcharé entonces a Nueva York para retirar el sobre lacrado a mi nombre. Lo recibo igualmente aun sin muertes violentas.

—Tiene un macabro sentido del humor, señor Sullivan. Muy desagradable.

George Mulhare se incorporó.

Cerró el portafolios.

—Ruego me disculpen. Debo desplazarme a Filadelfia. Tengo el tiempo justo para tomar el avión hacia Nueva York. En la carta citación que cursé a cada uno de ustedes figura mi domicilio de Nueva York. Allí les espero dentro de treinta días.

—No cuente conmigo. Renuncio a mi parte.

Todos centraron su mirada en Mary Ann Taylor.

La joven enfermera estaba pálida y nerviosa.

—¿Cómo ha dicho, señorita Taylor?

—Ha oído perfectamente, señor Mulhare. ¡No quiero esos ciento cincuenta mil dólares! ¡Renuncio a mi parte! Se lo cursaré por escrito.

—Puede hacer lo que guste, señorita Taylor; aunque la no comparecencia en mi despacho dentro de treinta días, equivale igualmente a la renuncia. Sus ciento cincuenta mil dólares se repartirán entre los demás herederos. No es necesario que se moleste en notificarme nada.

—¡Le enviaré mi renuncia por escrito! —prometió nuevamente Mary Ann, para acto seguido abandonar precipitada la estancia.

—Cambiará de opinión —sonrió Cynthia—. Mary Ann está ahorrando para su boda. Ciento cincuenta mil dólares no se rechazan fácilmente.

El notario no hizo comentario alguno.

La familia Joggerst en pleno le acompañó hasta el porche.

George Mulhare subió a un «Pontiac» negro donde su ayudante ya le esperaba frente al volante.

Segundos más tarde dejaba atrás el amurallado recinto de Stoker.

Charles Sullivan y Jerry Coburn fueron los únicos que permanecieron en el despacho-biblioteca.

Allí les sorprendió el retorno de Nadine.

Coburn forzó una sonrisa.

—¿Puedo seguir prestando mis servicios, señorita Joggerst? Esta casa es muy grande y...

—¿Tus servicios? —cortó secamente Nadine. Sin ocultar un marcado desprecio—. No seas ridículo, Jerry. Tu sola presencia me produce náuseas. Recoge tus cosas y vete cuanto antes.

Jerry Coburn enrojeció.

Sin ninguna otra palabra salió del despacho.

Cruzándose con Karla.

—Jerry se marcha de aquí —dijo Nadine—. Registra su equipaje cuando salga, Karla. Que no se lleve nada ajeno.

—Sí, Nadine.

Karla salió dócilmente a cumplir la orden.

El detective esbozó una sonrisa.

—Tampoco yo quiero molestarle más, señorita Joggerst. Buenos días.

—¿Tiene ya donde alojarse?

Sullivan se detuvo bajo el umbral.

Su sonrisa se tornó cínica.

—No. ¿Qué hotel me recomienda?

—Sólo hay uno en Fieldsville. Esta es una ciudad pequeña, señor Sullivan. Me temo que va a pasar treinta días muy aburridos.

—Yo siempre encuentro diversión, señorita Joggerst.

Sus miradas se encontraron.

El fuego asomó nuevamente a los ojos de Nadine.

Un brillo lascivo difícil de ocultar.

—Mi nombre es Nadine. ¿De acuerdo, Charles?

—Muy bien, Nadine.

Los carnosos labios de la mujer sonrieron sensuales.

—Jerry tiene razón. Este caserón es enorme. Creo que fue construido a primeros de siglo. Tío John ordenó reparar los desperfectos, pintar fachada e interiores, cambiar el mobiliario...

—Me parece algo siniestro.

Nadine rió ahora en cantarina carcajada.

—Ciertamente lo es. Creo que tiene unas siete u ocho habitaciones. Puedes tomar la que gustes. Considérate nuestro invitado.

—No debo...

La mujer interrumpió con un ademán.

—¿Por qué no? Así controlarás mejor los... asesinatos. Yo mataré a tía Karla, primo Elliot me estrangula...

Sullivan sonrió.

—Compartes mi sentido del humor.

—Estoy contenta. Voy a recibir una fortuna. Una fortuna que no esperaba de mi hermano John. Podré abandonar este maldito lugar y disfrutar de la vida. Estoy harta de...

La mujer se interrumpió bruscamente ante la llegada de Karla.

—Jerry ya se ha marchado, Nadine.

—Bien. El señor Sullivan será nuestro invitado.

Karla agrandó los ojos.

Su rostro no ocultó una mueca de desaprobación, pero no se atrevió a formular queja alguna.

—Está en su casa, señor Sullivan —Nadine retornó al tratamiento—. Mi tía Karla, Elliot, Cynthia y yo habitamos en el 243 de Cobb Road. Una pequeña casa con grandes incomodidades. Mañana nos trasladaremos todos aquí. Le deseamos una estancia muy grata, señor Sullivan.

—Gracias.

Las dos mujeres abandonaron el despacho.

Charles Sullivan encendió un cigarrillo.

Se aproximó al enrejado ventanal.

Desde allí pudo ver a Karla y Nadine caminando hacia el abierto portalón de la muralla.

Enlutadas.

Como dos cuervos.

CAPITULO III

Charles Sullivan retiró la maleta del portaequipajes del «Corvette» depositándola en el espacioso living.

Se dedicó a inspeccionar la casa.

Las dos plantas y el sótano.

Una ancha y fría escalera conducía al piso superior. El largo corredor en forma de «L». Siete habitaciones. Estremecedoramente amplias, con un mobiliario fúnebre incrementado por desnudas paredes que semejaban gigantescas lápidas. Todas las ventanas enrejadas.

En una de las habitaciones, sin duda la ocupada por John Joggerst hasta el momento de su muerte, se percibía un extraño perfume. Una loción. Puede que el ungüento aplicado al cadáver.

Sullivan encendió un cigarrillo.

Nerviosamente.

Impresionado por la frialdad de aquellas cuatro paredes.

Descendió a la planta baja.

El ya conocido despacho-biblioteca, el comedor, el salón, la cocina... En el sótano estaba la bodega ahora convertida en almacén de objetos inservibles.

Charles Sullivan decidió no bajar las húmedas escaleras del sótano.

Necesitaba respirar aire puro.

La atmósfera en el interior de la casa resultaba macabra. Puede que ése fuera el deseo de John Joggerst. Lo había conseguido plenamente.

El detective se acomodó frente al volante del «Corvette».

El vehículo dibujó el semicírculo que desembocaba en la abierta verja de la muralla.

Sullivan pisó entonces el acelerador a fondo.

Unas trescientas yardas le separaban de las primeras casas de Fieldsville.

Stoker se alzaba fuera de la ciudad. En lo alto de una colina. Surgiendo fantasmal.

El sol, aunque ya próximo a ocultarse tras el horizonte, extendía una rojiza tonalidad. Aquel resplandor envolvía Stoker. Como si fuera pasto de las llamas. De un luego del Averno.

Esa fue la impresión captada por Charles Sullivan al llegar a la planicie.

Sacudió la cabeza.

Queriendo alejar tan negros pensamientos.

Enfiló por la Reed Avenue, la longitudinal calle que dividía en dos Fieldsville.

Sullivan aminoró la marcha del vehículo.

Instintivamente arrugó la nariz.

Fieldsville no parecía una localidad alegre.

Apenas contabilizó un cinema y un par de snacks.

Y pensar que debía permanecer treinta días en semejante villorrio...

Al llegar al Golan Park el panorama resultaba algo más optimista. Allí se cruzaban la Reed Avenue con Cobbs Street. Era el centro de la ciudad. El Paradise Hotel ocupaba uno de los mejores edificios junto con el Banco y la alcaldía. También descubrió un par de discotheques, un cinema-teatro e incluso el night-club del Paradise Hotel.

Tal vez no resultaran aburridos los treinta días en Fieldsville.

Charles Sullivan estacionó frente a una de las discotheques.

El luminoso de neón, prematuramente en funcionamiento, anunciaba el nombre del local.

Carlton.

Muy poca clientela en el interior.

El mostrador vacío.

Dos jóvenes parejas en las mesas.

En la máquina tocadiscos situada al fondo del local sonaba un tema de los Wings.

Sullivan ocupó uno de los taburetes del mostrador. El más alejado de la puerta de entrada.

Un individuo pasó superficialmente el paño por la tabla.

—¿Qué va a ser?

—Un Manhattan.

Le fue servido el combinado.

Charles Sullivan ofreció un cigarrillo al individuo del mostrador.

—¿Cuándo se anima esto, amigo?

El hombre esbozó una sonrisa.

—Apuesto a que es su primera visita a Fieldsville.

—Ahá.

—¿Qué representa? ¿Textil? ¿Maquinaria?...

—Voy a pasar treinta días en Fieldsville. Unas vacaciones.

El del mostrador bizqueó.

—¿Aquí?... ¡Infiernos! Dudo que lo soporte. Fieldsville es una ciudad muy aburrida. Un elevado tanto por ciento de la población trabaja en las minas controladas por la Friedman Company. Regresan cansados y se encierran en sus casas. Sólo los jóvenes y los forasteros de paso animan un poco la vida nocturna. Dentro de un par de horas puede echar un vistazo por el night-club del Paradise Hotel. No es gran cosa, pero no hay donde elegir. Allí puede...

El estruendo de varias motocicletas hizo inaudible la voz del individuo.

Eran tres las máquinas que con ensordecedor rugir de motor habían subido a la calzada.

Conducidas por tres melenudas y sus respectivos «paquetes».

Silenciadas las máquinas resonaron ahora risas y gritos.

Elliot Joggerst fue el primero en entrar. Su brazo derecho rodeaba los hombros de una joven pelirroja.

La segunda pareja la formaban Cynthia y otro melenudo. Este enlazaba la desnuda cintura de la muchacha.

—¡Eh, Stephen! —gritó Elliot Joggerst—. ¡Hoy es un gran día! ¡Vamos a celebrar en tu pocilga el feliz acontecimiento!

Stephen, el hombre del mostrador, no parecía muy entusiasmado.

Chasqueó la lengua.

—No hay crédito, Elliot. Me debes catorce dólares. Félix otros tantos y lo de Mark sube a veinte dólares. No hay crédito para ninguno de vosotros. Ya os lo advertí.

Elliot Joggerst rió en desaforada carcajada.

—¡Catorce dólares!... ¿Habéis oído eso, muchachos? ¡Le debo catorce cochinos dólares!

Todos corearon la risa de Elliot.

La pelirroja se encaramó a uno de los taburetes. Escupió la goma de mascar tras el mostrador.

—No sabes con quien hablas, Stephen. Elliot y Cynthia van a heredar medio millón de dólares. Doscientos cincuenta mil dólares cada uno. ¡Medio millón!

Stephen no se impresionó.

Extendió la diestra.

Significativamente.

—Magnífico, Elliot. Felicidades, Paga los catorce dólares y te abriré nuevamente crédito.

—No estamos bromeando —rió histérica la pelirroja—. Dentro de un mes recibirán el medio millón.

—Entonces volved dentro de treinta días.

Elliot Joggerst enrojeció borrando paulatinamente la sonrisa de los labios. Se aproximó al mostrador.

—Maldito piojoso... Puedo comprar tu tugurio, Stephen. Contigo dentro para que me limpies los zapatos con la lengua.

—¿Por qué no le damos un escarmiento, Elliot? —sugirió uno de los melenudos.

—Romped un solo vaso y llamaré al comisario —amenazó Stephen—. No es la primera vez que...

—¡Eh, Elliot! —Exclamó súbitamente Cynthia—. ¡Mira quién tenemos ahí! ¡El Sherlock Holmes de Filadelfia!

Se percataron de la presencia de Charles Sullivan.

Cynthia se aproximó al detective,

—Usted puede corroborar nuestras palabras y convencer al incrédulo Stephen. Mi hermano y yo vamos a heredar doscientos cincuenta mil dólares cada uno, ¿no es cierto? Dentro de treinta días.

—En efecto. Es verdad —dijo Sullivan con leve sonrisa—. Van a recibir parte de la herencia del difunto John Joggerst.

Stephen parpadeó sorprendido. Tras unos instantes de indecisión, chasqueó la lengua.

—Sigo sin fiarte un centavo, Elliot.

—Yo sí, os puedo adelantar algo —dijo Sullivan llevando su diestra a uno de los bolsillos—. ¿Cuánto quieres, Cynthia?

—¡Nada! ¡No necesitamos nada de usted! —gritó Elliot Joggerst adelantándose a lo posible respuesta de su hermana—. ¡Vámonos de aquí!

—Pero...

—¡He dicho que nos vamos, Cynthia! —las tres parejas se encaminaron hacia la salida. Elliot, antes de abandonar el local, fijó su mirada en Stephen —. No olvidaré esto, Stephen. Y juro que tú tampoco.

De nuevo el rugir de los motores atronó por unos minutos en la zona. Las máquinas se alejaron circundando Golan Park.

Stephen se pasó el dorso de la mano por la frente.

Fijó su mirada en Sullivan.

—¿Es cierto lo que ha dicho?

—Sí, amigo. Los hermanos Joggerst van a recibir esa cantidad dentro de un mes. John Joggerst ha legado su fortuna a la familia.

—¿Incluye también a Karla Joggerst y a su hermana Nadine?

—¿Por qué se sorprende?

Stephen hizo una mueca.

—Usted no... no conoce la historia. Los Joggerst no se portaron bien con John. Puede que éste les perdonara. Yo no les hubiera dejado un solo centavo. No tengo el buen corazón de John Joggerst.

Charles Sullivan semiocultó una sonrisa.

El buen corazón de John Joggerst...

Legando su fortuna con la esperanza de que les herederos se mataran entre sí.

No Se saldría bien.

El detective recordó las palabras de Karla.

Sí.

ES error de John Joggerst fue ser demasiado generoso.

Cada uno de los herederos se conformaría con su parte. Y el trabajo de Charles Sullivan se limitaría a treinta aburridos días en Fieldsville. Ningún asesinato que investigar.

Eso pensaba el detective.

Estaba equivocado.

Aquella misma noche comenzaría la diabólica venganza de John Joggerst.

* * *

A la muerte de William Joggerst, sus hijos Elliot y Cynthia vendieron la casa y se trasladaron al domicilio de Nadine. Esta la compartía con Karla.

Una casa emplazada en el 133 de Starr Road. En la planta baja continuaba el negocio de lavandería fundado por los padres de John y Nadine.

Elliot y Cynthia participaban en el negocio por haber invertido en él el producto de la venta de la casa paterna. El poco trabajo a desempeñar se

centraba casi exclusivamente en Nadine y Karla. El negocio, con máquinas desfasadas y una clientela reducida, era ruinoso.

Ahora ya no importaba.

Todo había cambiado para los Joggerst.

Nadine y Karla, después de la cena, iniciaron los preparativos para el traslado de Stoker.

Aquélla sería la última noche en la incómoda y reducida casa de Starr Road. Mañana se trasladarían al heredado caserón.

Elliot y Cynthia estaban en el porche de la casa.

El tráfico era nulo en Starr Road.

—Has sido un estúpido, Elliot.

—Ese detective es un hijo de perra. Trataba de humillarnos todavía más. Conoces su pape!, ¿no? Está aquí en espera de que uno de nosotros se convierta en asesino.

—Eso surgió de la retorcida mente de tío John.

—El muy... ¡Treinta días! ¡Tenemos que esperar treinta días para recibir nuestra parte!

—Tía Nadine irá mañana al Banco. El señor Bisson prometió adelantarle cuanto necesite.

Elliot volvió a maldecir.

—El banquero Bisson es otro hijo de furcia. A nosotros no quiso ni recibirnos. Nuestros respectivos doscientos cincuenta mil dólares son ahora una insignificancia comparado con lo de Nadine.

—Cierto.

Quedaron unos instantes en silencio.

Cynthia se sentó en uno de los escalones del porche.

Suspiró resignada.

—Tía Nadine nos adelantará algo.

—¡Oh, sí!... ¡Seguro! Nos soltará unos cientos de dólares para que volvamos a mendigarle dentro de una semana.

—No podemos hacer otra cosa.

—Hay otra solución, Cynthia.

—¿Cuál?

Elliot se acomodó junto a su hermana.

Sonrió.

Con un fuerte brillo en los ojos.

—Ya hemos hablado de ello, Cynthia.

—¿Te refieres a...?

Elliot asintió con un repetido movimiento de cabeza.

Acentuó la sonrisa.

—Correcto, hermanita. La sortija de tío John. Su valioso anillo de brillantes. No podemos permitir que se quede allí para regocijo de los gusanos. Cualquier perista de Filadelfia nos daría varios miles de dólares.

—No me atrevo, Elliot.

—Necesito que alguien me ayude a retirar la losa y vigilar la casa. Puede que ese tal Sullivan sea de sueño ligero.

—¿Por qué no has hablado con Félix y Mark?

—Lo insinué, pero decidieron ignorar mis palabras tomándolas como una macabra broma. Tienen miedo.

Cynthia movió lentamente la cabeza.

—No me sorprende. Hace falta mucho valor para robarle a un muerto.

—Todo lo contrario, hermanita —rió Elliot con suficiencia—. Los muertos no hacen daño a nadie... y tampoco necesitan lucir joyas. Aquellos brillantes... Deben valer una fortuna... Iríamos juntos a venderlos a Filadelfia. ¿Te imaginas comprando elegantes modelos en los almacenes de Walnut? Tú, Cynthia. Sin importar el precio. Sin reparar en gastos.

La muchacha entornó los ojos.

Semiocultando el codicioso brillo.

Paulatinamente asomó a sus labios una sonrisa.

—Necesitamos a alguien más fuerte que yo para mover la losa, Elliot. Y sé dónde encontrarle.

—¿A quién te refieres?

—Jerry Coburn.

Elliot dio un respingo.

Parpadeó incrédulo.

—¿Jerry?... ¿Ese borracho?... ¡Estás loca! Jerry Coburn me odia. Nos odia a todos nosotros. No movería un solo dedo por ayudarnos. Además, supongamos que aceptara, nos tendría luego a su merced. Cuando gastara su parte de la herencia nos sometería a chantaje.

—Será Jerry Coburn quien nos lo proponga, Elliot. De él partirá la idea de robar el anillo de tío John. Así no habrá tal chantaje.

—¿Cómo esperas conseguir eso?

Cynthia sonrió.

Una sonrisa cuyo significado fue captado por Elliot Joggerst.

CAPITULO IV

Jerry Coburn contempló la botella de whisky aferrada a su mano derecha.

Era visible más de la mitad de su contenido.

Eso significaba que no estaba borracho. Los síntomas comenzaban finalizando la botella.

No,

No estaba borracho.

Y aquello no era una alucinación.

—¿Qué... qué haces aquí?

Cynthia sonrió.

—Buenas noches, Jerry. ¿No me invitas a pasar?

Coburn parpadeó.

Aturdido.

Se hizo a un lado permitiendo el paso de la muchacha. Mantuvo la puerta abierta. Con los dedos de la zurda atenazando el pomo.

—Puedes cerrar, Jerry. Vengo sola. ¿Sabes qué me ha ocurrido? Mi hermano me acaba de dejar plantada. Cuestión de minutos me ha dicho. El ha subido a casa de una amiga que vive cerca de aquí. Aprovechando la ausencia de sus padres. Ya comprendes, ¿verdad?

Coburn asintió con un torpe movimiento de cabeza.

No comprendía nada.

—Elliot me aseguró que regresaría de inmediato —continuó Cynthia—; pero me negué a esperarle en plena calle y a estas horas de la noche. Fue entonces cuando Elliot recordó que tú vivías por aquí y podía acogerme a tu hospitalidad.

—¿Elliot dijo eso?

—Ahá. No simpatiza contigo, pero te considera un hombre de confianza. Al igual que yo. Recuerdo tu temporada de trabajo en la lavandería de tía Nadine. Fue muy corta...

—La bruja de tu tía Karla me despidió por...

—Sigue, Jerry. ¿Por qué? ¿Por una de tus borracheras?

La vivienda de Jerry Coburn era una verdadera pocilga. El último piso de una casa próxima a derribar y con Coburn como único morador.

Jerry Coburn, recién llegado de Stoker, no había hecho limpieza. La suciedad de seis meses, el período al servicio de John Joggerst, era patente. Incrementada por los restos de la cena sobre la mesa y latas de cerveza por el suelo.

La estancia era comedor, cocina y dormitorio.

Cynthia, ignorando las dos sillas y el desfondado sofá, se acomodó en el camastro.

—Yo sé por qué te despidió tía Karla, Jerry.

—¿Lo... lo sabes?

La joven movió la cabeza mientras sus labios dibujaban una sensual sonrisa. Dedicada al turbado Coburn.

—Era un día de mucho calor. Yo había tomado una ducha y me acosté desnuda sobre la cama. Con la puerta entreabierta. Tía Karla te sorprendió espiándome, ¿no es cierto?

Coburn no contestó.

Dejó la botella pasando el dorso de la mano por los labios.

A sus ojos asomó un lujurioso brillo.

—También hoy hace calor —Cynthia echó las manos a la nuca alisando el cabello—. Tengo la ropa pegada al cuerpo.

Aquello sí resultaba cierto.

La blusa anudada bajo el busto presentaba tentadores círculos de humedad. Ceñida como una segunda piel.

—Debes marcharte, Cynthia —aconsejó Coburn con ronca voz—. No es prudente que permanezcas aquí.

—¿Por qué no?

Jerry Coburn tragó saliva.

Sus ojos devoraron a la muchacha.

Cynthia mantenía las manos tras la nuca. Acentuando así la turgencia de sus senos que se marcaban provocativos bajo la tela.

Coburn fue incapaz de controlarse por más tiempo.

Ciego, se abalanzó sobre Cynthia reclinándola en el camastro. Buscó ávidamente los labios femeninos. La besó salvajemente. Con crudeza. Dominado por la pasión.

Cynthia no le rechazó.

Todo lo contrario.

Entreabrió los labios para recibir el beso mientras sus brazos enlazaban el cuello de Coburn.

Apretujándose contra él.

Con sensuales movimientos.

—Jerry... no...

—Me vuelves, loco —jadeó Coburn deslizando sus manos por el cuerpo de la muchacha—. Siempre te ha gustado provocarme. Lo sé. Me percataba de ello. Siempre te has burlado de mí...

—Ahora todo será distinto para ti, Jerry. Eres un hombre rico.

—¿Rico?

—Ciento cincuenta mil dólares es un buen pellizco, ¿no?

Coburn se separó levemente.

Rió en desaforada carcajada.

—No me puedo quejar, infiernos. Ni en sueños hubiera esperado reunir semejante cantidad. ¡Y procedente de John Joggerst! También tú estás de suerte, muñeca.

—Cierto, aunque estos treinta días de espera serán muy largos. Mendigando unos dólares a tía Nadine. El banquero Bisson no quiso

adelantarme nada. Tampoco a mi hermano.

Jerry Coburn profirió una soez maldición.

—Igual me ocurre a mí. Bisson ni tan siquiera se dignó a recibirme. No soy de fiar. ¡El muy...!

—Tranquilo, Jerry. Dentro de un mes nos desquitaremos.

—¿Y de qué vivo estos treinta días? Tu tía Nadine me arrojó de Stoker como a un perro. De la paga recibida de John Joggerst no me queda nada.

—Tú que conoces la casa... ¿hay algo de valor? ¿Cuadros, objetos...?

Jerry Coburn chasqueó la lengua.

—Ignoro la cotización de los cuadros, pero sí puedo asegurar que los objetos no son de gran valor. John Joggerst, con toda su fortuna, no era amante de los candelabros de oro ni cubertería de plata.

—Sin embargo se hizo enterrar con un anillo valorado en varios miles de dólares.

Coburn entornó los ojos.

Quedaron fijos en Cynthia.

La muchacha sonreía inocentemente.

—El anillo... es cierto... Casi lo había olvidado.,. ¿Cuánto le calculas, nena?

—Es difícil valorarlo, Jerry. No es sólo el oro. Los brillantes, el trabajo... No bajará de los cincuenta mil dólares.

El rostro de Coburn se desencajó en codiciosa mueca.

—¿Tanto?

—No aparté la mirada de él, Jerry. Era descomunal Los ojos del lobo... esos brillantes...

—Sí... Estoy pensando...

—¿Qué?

Coburn sacudió la cabeza.

—Nada. Olvídalo. Es muy arriesgado.

La joven agrandó los ojos.

Fingiendo asombro

—¿Acaso pensabas...?

—Ese anillo solucionaría nuestros treinta días de espera, Cynthia. En Filadelfia lo comprarían con los ojos cerrados. Conozco algunos individuos que no preguntarán la procedencia de los objetos.

—¿Te atreverías a eso, Jerry? —Murmuró la muchacha apretándose aún más contra Coburn—. ¿Repartir conmigo?

El contacto del cuerpo femenino turbó nuevamente a Jerry Coburn.

Volvió a inclinarse sobre Cynthia.

La besó una y otra vez. Sus manos pugnaron ávidas bajo la anudada blusa.

—Por ti soy capaz de todo, nena...

Sonó el llamador de la puerta.

Coburn dio un respingo.

—Debe ser mi hermano, Jerry.

—¡Maldita sea...! No es oportuno.

Cynthia se levantó del camastro.

Con sensual sonrisa compuso la desordenada blusa.

Fijó una prometedora mirada en Coburn.

—Podemos seguir en el más lujoso de los hoteles de Filadelfia, Jerry. Un maravilloso week-end aprovechando la venta del anillo.

—Necesitaría ayuda...

—Mi hermano Elliot.

—¿Crees que él...?

El llamador volvió a sonar.

Cynthia sonrió.

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

* * *

Caminaron hasta la oficina.

Envueltos en las sombras de !a noche.

Jerry Coburn rió nerviosamente.

—La verja sigue abierta, John Joggerst siempre la mantenía así. La casa, con todas las ventanas enrejadas, estaba suficientemente custodiada. Eso decía el bueno de Johnny.

—Cierra la boca.

—¿Qué te ocurre, Elliot? ¿Tienes miedo a los muertos?

Llegaron ante el portalón de la muralla.

La oscuridad era total.

Ni luna ni estrellas en el negro manto del cielo.

Intermitentes ráfagas de aire movían las ramas de los árboles silbando en fantasmales sonidos.

Ninguna luz en el caserón.

Ninguna ventana iluminada.

Se aproximaron al pequeño bosque.

—Tú quédate aquí, Cynthia —ordenó Coburn—. Son visibles todas las ventanas. Si alguna se enciende o se abre la puerta de la casa, corre a avisarnos.

La muchacha asintió con repetido movimiento de cabeza.

Jerry Coburn y Elliot continuaron avanzando.

Los frondosos árboles que circundaban el panteón ofrecían un siniestro refugio.

El viento silbaba entre las hojas.

Con un lastimero sonido de ultratumba.

Como una protesta a la proyectada profanación.

Se detuvieron ante la tumba.

—Resultará fácil —comentó Coburn enfocando la losa con una linterna que de inmediato apagó—. Es demasiado reciente. Por aquí, Elliot. Esta

esquina...

Los dos hombres se inclinaron sobre la piedra.

—¡Ahora!

Empujaron al unísono.

La lápida de mármol cedió mansamente deslizándose hasta descubrir por completo la fosa.

El rostro de Elliot Joggerst se perló de diminutas gotas de frío sudor.

Las doradas anillas del ataúd destacaron en la oscuridad.

—Tú por el otro lado, Elliot —dijo Coburn tendiéndole un punzón—. Fina madera, ¿eh?

Elliot ignoró el macabro comentario.

Con la ayuda de los dos punzones levantaron la tapa del ataúd.

Pese a la oscuridad reinante sí fue visible el cadáver de John Joggerst. Con su elegante traje negro contrastando con el rojo terciopelo de la caja.

Elliot Joggerst retrocedió brotando de su garganta un instintivo grito de terror.

—¡Maldito seas! —exclamó Jerry Coburn furioso—. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué has gritado?

—Los... los ojos... Tiene los ojos abiertos...

Coburn volvió a maldecir:

—¿Y qué? Muchos mueren con los ojos abiertos.

Elliot ya sudaba copiosamente.

Pálido.

Con visible temblor en las manos.

—Tío John los tenía cerrados. Estoy seguro...

—¿Quieres ponerme nervioso? ¡No seas estúpido! Cerrados o abiertos, ¿qué diablos importa? ¡Está muerto!

Jerry Coburn tanteó sobre el cadáver.

Alzó el brazo derecho de John Joggerst.

La enguantada mano del difunto destacó en la oscuridad de la noche.

—Condenación... es la otra mano —masculló Coburn atrapando la zurda —, Si... aquí está el anillo... No puedo... La linterna, Elliot.

—¿Qué ocurre?

—¿No lo ves? —Coburn mostró la enguantada mano del cadáver—. Tiene el puño cenado y no puedo...

Jerry Coburn se interrumpió al comprobar cómo

Elliot soltaba la linterna y desencajaba el rostro en una mueca de terror.

—Vámonos de aquí, Jerry... Dejémoslo...

—Tienes miedo, ¿eh?

—Esta mañana, cuando le enterramos, tenía las manos abiertas. Lo juro, Jerry. ¡Las tenía abiertas!

—¡Te voy a machacar la cabeza!

—¡Los ojos...! ¡Los ojos! —Gritó Elliot Joggerst dominado ya por el pánico—. ¡Ha cerrado los ojos!

Jerry Coburn dio un respingo.
Soltó el brazo de John Joggerst como si le quemara.
En efecto.
Los ojos de John Joggerst aparecían ahora cerrados.
—Yo no tengo miedo a los muertos —dijo Coburn en un tono de voz que desmentía sus palabras—. ¡Y John Joggerst está muerto! ¡Muerto! Le abriré la mano. Le quitaré la sortija aunque tenga que cortarle la.
Jerry Coburn se aferró a la enguantada mano.
Fue estirando uno a uno los engarfiados dedos.
—No... ¡No...! ¡No! ¡Está vivo...! ¡Está vivo! —Gritó Elliot Joggerst retrocediendo presa del terror—. ¡Está vivo!
Elliot cayó de bruces.
No se detuvo.
Gateó hasta incorporarse.
Corrió entre los árboles.
Sin cesar de gritar.
—¡Vuelve, idiota...! —Ordenó Coburn—. ¡Ya tengo el anillo! ¡Ya es mío! ¡Ya lo tengo!
Sí.
Jerry Coburn había conseguido arrebatarle la sortija, pero ¡10 librarse de la enguantada mano.
Una zarpa que se había cerrado en tomo a la muñeca derecha de Coburn.
Y de nuevo los ojos de John Joggerst abiertos.
Desmesuradamente abiertos.
Con un satánico brillo.
Fijos en Jerry Coburn.
Como dos diminutas bolas de fuego.
Un fuego del Averno...
—No., no es posible... ¡Suelta...! ¡Estás muerto...! ¡Suéltame...!
Jerry Coburn pugnó por incorporarse.
Aullando de terror.
En desgarradores gritos que turbaban el silencio de la noche.
Lo hubiera conseguido de no verse también aprisionado por la mano derecha de John Joggerst.
Dos enguantadas manos que impulsaron a Jerry Coburn al interior del ataúd.

CAPITULO V

Estaba amaneciendo.

La hierba aún bañada por el rocío.

Se avecinaba un nuevo día de calor.

Un día que marcaría historia en la pacífica y abúlica Fieldsville.

—Me despertaron los gritos. Creo incluso que podían ser oídos en Fieldsville. Cuando salí al porche ya habían cesado los espeluznantes alaridos. Llegué hasta la muralla, pero no descubrí nada anormal. Tomé la linterna de mi auto y decidí echar un vistazo por todo el recinto. Hasta llegar aquí...

Charles Sullivan se interrumpió.

Volvió a fijar su mirada en la abierta fosa.

La tapa del ataúd a un lado.

Sobre la lápida.

Y en el interior de la caja Jerry Coburn.

Sí.

Aquello era Jerry Coburn.

Yacía con los brazos fuera del ataúd. Al igual que las piernas que colgaban en grotesca postura. Como si la caja le resultara pequeña. Estaba bañado en sangre. El pecho totalmente perforado. Más de una veintena de sanguinolentos orificios. Un gran charco de sangre que se confundía con el rojo terciopelo del ataúd.

El asesino había culminado su obra hundiendo dos punzones en el rostro de Jerry Coburn.

Uno en cada ojo.

Gerald Phillips, comisario de Fieldsville, desvió la mirada. Su ayudante, el agente James Bittner, estaba vomitando ¡unto a un árbol.

Sí.

El espectáculo no resultaba agradable.

—¿Acudió de inmediato a mi oficina, Sullivan?

—Por supuesto, comisario —asintió Charles Sullivan—, El tiempo de vestirme. No toqué nada. Soy investigador privado y sé cómo actuar en estos casos.

Una ambulancia hizo su entrada en el recinto.

—Ahí llega el médico forense —anunció el comisario Phillips—. Le mandé aviso a la Friedman Company. Presta sus servicios en la empresa minera. Disculpe, Sullivan.

Gerald Phillips acudió al encuentro del vehículo.

Un individuo de paisano descendió junto con dos camilleros.

Charles Sullivan se dedicó a inspeccionar los alrededores con la luz del día. Por enésima vez recorrió el pequeño bosque que envolvía el panteón.

—¿Ha descubierto algo, colega? —inquirió Gerald Phillips.

Sullivan esbozó una sonrisa.

Le resultaba simpático el comisario de Fieldsville.

Un individuo joven. De unos treinta años de edad. Rostro curtido por el sol. Alto, delgado, de movimientos ágiles. Sobre la cremosa camisa lucía el distintivo de su autoridad. Una funda con el reglamentario revólver pendía del ancho cinturón.

—No, comisario. Nada.

—Puedes llamarme Gerald. Me temo que vamos a trabajar juntos, ¿no es cierto? —Antes de que Sullivan respondiera, añadió—: Mary Ann Taylor me contó todo. La lectura del testamento, las condiciones impuestas por John Joggerst y el motivo de tu presencia en Fieldsville. Parece que John Joggerst va a salirse con la suya. Ya tenemos el primer muerto.

—Muerto por muerto. Desaparece John Joggerst y Jerry Coburn ocupa su lugar en el ataúd. Es de suponer que el bueno de John Joggerst estaba muerto, ¿verdad?

El comisario hizo un afirmativo movimiento de cabeza. Correspondiendo a la irónica sonrisa de Sullivan.

—De! todo. Llegó ya sentenciado por los médicos de Nueva York. Mary Ann entró a su servicio. Le inyectaba siguiendo el tratamiento fijado por los médicos. Unas medicinas con el único fin de calmar sus sufrimientos en espera de la hora final. Esta llegó hace tres días. Mary Ann me dio aviso y...

—¿Por qué?

—Esa era la orden de John Joggerst. Habló conmigo al llegar a Fieldsville. Me proporcionó un número de teléfono de Nueva York. Cuando ocurriera el fatal desenlace debía llamar urgentemente al notario George Mulhare. Así lo hice. Acompañé también al doctor Palmer para que certificara la defunción. Con la llegada del notario se procedió al entierro.

Sullivan extrajo la cajetilla de tabaco.

Encendieron un cigarrillo.

—La muerte de Jerry Coburn ha sido algo monstruoso —dijo Sullivan—, ¿Por qué ensañarse así?

—¿Conoce la historia de John Joggerst? Fue arrojado de Fieldsville como un perro. Su mujer murió sobre el asfalto. Sin que ningún habitante de Fieldsville la auxiliara. Ocurrió hace veinte años. John Joggerst volvió para vengarse. Su testamento lo confirma. También el haberte contratado. Quiere que los herederos se maten entre sí y que tú entregues finalmente al asesino a la justicia.

—Todo eso es absurdo. Así se lo hice saber a John Joggerst. Si acepté el caso fue por la fabulosa y desorbitada paga. Los herederos no serán tan estúpidos de matar. Máxime con la cuantiosa suma a recibir.

—¿Qué me dices de Jerry Coburn?

—Está claro, Gerald. Tú mismo me has dicho que

John Joggerst se hizo enterrar con un valioso anillo. Jerry Coburn llegó aquí para profanar la tumba. Puede que ayudado por otro individua. Ese

cómplice decidió quedarse con el anillo para él solo. Liquidó a Coburn.

—Es una buena hipótesis —reconoció el comisario—; pero está lo de John Joggerst. ¿Quién se llevó el cadáver y por qué?

Charles Sullivan exhaló una bocanada de humo.

Entornó los ojos.

—¿John Joggerst y Jerry Coburn eran amigos?

—¿Amigos? Todo lo contrario, Charles. Yo llegué a Fieldsville hace cinco años, pero conozco bien la historia. Todo empezó con las relaciones amorosas de John Joggerst y Kathryn Freed. Eran muy jóvenes. John Joggerst planteó a su familia la idea del matrimonio. La rechazaron airadamente. Kathryn Freed era indigna de unirse a los Joggerst. Al ver que John Joggerst continuaba con esas relaciones decidieron un vergonzoso plan. Los padres de John, con el deseo de desacreditar a Kathryn, pagaron a Jerry Coburn para que se introdujera en el domicilio de la muchacha con el propósito de seducirla. Coburn era en aquel entonces un joven inútil, vago y sin escrúpulos. Fiel reflejo del actual.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Sullivan ante la prolongada pausa del comisario—, ¿Logró seducir a Kathryn?

—Jerry Coburn consiguió entrar furtivamente en la casa. El padre de Kathryn, un humilde molinero, estaba ausente. El plan de los Joggerst era que John acudiera a la casa de su amada sorprendiéndola en brazos de Jerry. Daban por descontado que Kathryn cedería a la seducción. Lo cierto es que Jerry Coburn fue rechazado con toda energía. Irritado por lo que consideraba una presa fácil intentó tomar a la muchacha por la fuerza. John Joggerst llegó a tiempo de impedir el atropello. Propinó una buena paliza a Jerry Coburn.

—¿Con semejantes antecedentes le empleó ahora a su servicio?

—También yo quedé sorprendido —dijo el comisario—. Incluso hablé de ello con Jerry Coburn. Me respondió que John Joggerst le pagaba un magnífico sueldo. Al recordarle la vieja enemistad de ambos, Coburn sonrió diciendo que aquello ya estaba olvidado.

—¿Crees tú eso, Gerald?

—No.

—Apuesto a que son muchos los habitantes de Fieldsville que recuerdan ese odio entre John Joggerst y Jerry Coburn. Y el hombre que mató a Coburn también lo sabía. De ahí que se le ocurriera el macabro plan. No sólo llevarse el anillo, sino también el cadáver de John Joggerst. Le enterraría en cualquier otro lugar. El resto quedaba a la fantasía popular. Una buena cortina de humo.

—¿Insinúas...?

—Sí, Gerald. Dentro de unas horas, cuando corra la noticia de lo ocurrido aquí, tendrás los resultados. El asesinato de Coburn al robar en la tumba de John Joggerst.

—La venganza del muerto...

—Correcto. Esa será la versión a circular por Fieldsville, aunque por supuesto la verdad es muy distinta. Investiga entre los amigos de Jerry

Coburn. Tipos sin escrúpulos como él. Uno de ellos, en principio cómplice para la profanación, fue su asesino. La muerte de Jerry Coburn es ajena al testamento de John Joggerst.

El forense se aproximó a los dos hombres.

Dirigió una significativa mirada a Sullivan.

—Puede hablar, doctor—dijo el comisario—. Charles Sullivan es un investigador privado de Filadelfia.

—Poco puedo decir, Phillips. Iniciaré de inmediato la autopsia y hoy mismo le presentaré un informe oficial. El crimen se cometió hace aproximadamente unas tres horas.

—Charles...

—Sí, Gerald. Hace unas tres horas fue cuando escuché los gritos —Sullivan consultó el reloj—. Eran exactamente las dos y quince minutos.

—Estaré en el hospital, Phillips —se despidió el forense.

Sullivan y Phillips retornaron junto al panteón.

El agente Bittner ya parecía recuperado.

—Acude a la oficina, James —ordenó el comisario—. Que venga Richard Houser con el equipo de dactiloscopia y las cámaras. Vamos a rastrear toda esta zona.

El agente James Bittner se introdujo en el coche patrulla.

—Yo voy también a Fieldsville, Gerald —dijo Sullivan—. Quiero comunicar a la familia Joggerst lo ocurrido. Tenían intención de trasladarse hoy a Stoker. Dudo que después de lo sucedido mantengan ¡a idea.

Gerald Phillips sonrió apoyando los pulgares en la hebilla del cinturón.

—¿Apuestas algo? No conoces a los Joggerst, Charles. Especialmente a Nadine. No le importaría en absoluto vivir en Stoker aun con el fantasma de John Joggerst vagando por las habitaciones.

Sullivan fijó su mirada en el siniestro caserón.

Instintivamente se estremeció.

Como si realmente viera el espíritu de John Joggerst tendiendo sus ensangrentadas manos sobre la casa.

CAPITULO VI

Charles Sullivan se cruzó con el éxodo diario de los hombres de Fieldsville hacia las minas controladas por la Friedman Company.

El tráfico de vehículos resultaba sorprendentemente intenso en aquellas prematuras horas del día.

El «Corvette» conducido por Sullivan estacionó en Starr Road.

Cerca del número 133.

La lavandería propiedad de los Joggerst permanecía aún con la puerta cerrada.

Charles Sullivan descendió del vehículo encaminando sus pasos hacia un snack cercano.

El local estaba bastante concurrido. Clientes que pronto empezarían su jornada laboral en Fieldsville. La mayoría de ellos apiñados en el mostrador.

Sullivan ocupó un taburete próximo a la entrada.

Solicitó un caté y una copa de brandy.

Su primera noche en Stoker no podía haber sido más desafortunada. Tardó en conciliar el sueño y, una vez conseguido, despertó sobresaltado por aquellos alucinantes gritos.

Encendió un cigarrillo desviando su mirada hacia la cristalera del local.

Desde allí era visible el 133 de Starr Road.

La lavandería continuaba cerrada.

Fue entonces cuando vio llegar a Mary Ann Taylor.

La muchacha, con su uniforme de enfermera y un pequeño maletín en la mano derecha, avanzó directamente hacia una de las mesas.

Sin ser solicitado le fue servido un café con leche, pan tostado, mermelada y mantequilla.

La presencia de Charles Sullivan había pasado desapercibida para la joven.

El detective esperó a que terminara el desayuno.

Cuando la muchacha ultimaba la tostada, Sullivan descendió del taburete con la copa de brandy en la mano.

—Hola, Mary Ann. Eres muy madrugadora.

La joven alzó su bello rostro.

Esbozó una sonrisa de cumplido.

—Buenos días, señor...

—Sullivan. Charles Sullivan —recordó el detective— Puedes llamarme Charles, ¿me permites?

Sin esperar autorización se acomodó frente a la joven.

—¿Ya al trabajo, Mary Ann?

—Hoy empiezo en el servicio sanitario de la Friedman Company. A unas tres millas de aquí. Ese era mi trabajo antes de ser contratada por John Joggerst.

—Pagaba bien, ¿verdad?

—Se equivoca, Sullivan. No fue ésa la causa de mi cambio. Era más agradable mi trabajo en la Friedman Company.

—¿Por qué aceptó entonces?

—Me consideraba obligada con John Joggerst.

—¿Obligada...? ¿Por qué?

—Demasiado lo sabe, Sullivan. ¿No se lo dijo John Joggerst al contratarle? Yo ignoraba que iba a ser una de sus herederas. De saberlo no hubiera aceptado trabajar para él. Era un hombre amargado, resentido. Con un odio que difícilmente conseguía disimular. No le culpo. Tenía sobrados motivos para odiarnos.

—¿También a ti?

—A todo Fieldsville, pero en especial a los que figurábamos como sus herederos.

—John Joggerst no me contó nada, Mary Ann.

—Bien. Yo lo haré. Mi madre murió al nacer yo. Mi padre, un buen médico, nada pudo hacer por salvarla. Vivíamos aquí. Frente a la casa de los Joggerst. Hace veinte años, cuando yo apenas contaba los cuatro de edad, ocurrió un hecho que quedó grabado para siempre en mi mente. Era una noche de tormenta. Llovía torrencialmente y los rayos me aterrorizaban. Mi padre me permitió dormir en su habitación. No logré dormir. No por el estruendo de la tormenta, sino por los gritos de súplica de una mujer. Kathryn Freed. Frente a la casa de los Joggerst. Sobre el asfalto. Sus demandas de socorro no eran atendidas por nadie. Mi padre se levantó para observarla desde la ventana. Yo también la contemplaba. Aturdida. Sin comprender que nadie acudiera en su auxilio. Se lo dije a mi padre. Recuerdo su respuesta: «No es asunto nuestro.» Volví a la cama. Los gritos cesaron. Creí que alguien la había ayudado. Más tarde supe que había muerto. Ahora, después de veinte años, cierro los ojos y veo a aquella muchacha arrastrándose penosamente bajo la lluvia. ¿Comprende ahora mi obligación hacia John Joggerst? Mi padre, al igual que todos los habitantes de Fieldsville, se comportó injustamente. Mi padre ha muerto y quiero reparar en parte su culpa. Por eso acepté trabajar para John Joggerst.

—¿Te lo propuso él?

—Sí.

—¿No te sorprendió?

Mary Ann asintió con un movimiento de cabeza.

Sullivan vació la copa de brandy.

—¿Cómo fueron tus relaciones con John Joggerst?

—Se esforzaba en parecer cortés. Al igual que con Jerry Coburn. No me engañó. Nos odiaba a ambos. Y nos contrató para demostrarnos su rencor.

—Olvidas los ciento cincuenta mil dólares.

La muchacha esbozó una amarga sonrisa.

—Una muestra más de su odio. Incluso esa ironía en el testamento: «A Mary Ann por sus desvelos...» «A Jerry Coburn en recuerdo de la vieja

amistad...» John Joggerst llegó rezumando odio y quiere mantenerlo desde el Más Allá. De ahí su testamento que, de seguro, ocasionará desgracias.

—¿Por eso has renunciado a tu parte?

—No he hecho nada por merecerla. Mi prometido trabaja en la Friedman Company. Ahorramos para casamos y establecernos en Filadelfia. Le he contado todo y aprueba mi proceder. Quedo al margen de este penoso asunto.

Mary Ann hizo ademán de levantarse.

El detective le retuvo sujetando su mano izquierda.

—Mary Ann... Tengo que decirte algo... Pronto será del dominio público, pero quiero ser yo quien te ponga en antecedentes. Jerry Coburn ha sido asesinado.

La muchacha palideció.

Sus labios iniciaron un trémulo movimiento.

Incapaz de hablar.

—Profanó la tumba de John Joggerst —añadió Sullivan—. Sin duda para robar el anillo.

—¿Quién... quién le mató?

—Aún no se ha descubierto al culpable. Sin duda un cómplice de Coburn en la profanación. Hay algo más, Mary Ann... El cadáver de John Joggerst ha desaparecido.

Charles Sullivan se percató del súbito temblor originado en la muchacha.

Del terror que se reflejó en su rostro.

—Lo dijo... él lo aseguraba...

—¿A qué te refieres, Mary Ann?

La voz de la joven era un tenue susurro.

Una voz dominada por el miedo.

—John Joggerst... nos lo comentaba a Coburn y a mí... nos decía que su espíritu vagaría eternamente por Stoker...

* * *

Nadine arqueó las cejas.

Ese fue su único gesto de sorpresa.

—¿Desaparecido?

—Sí, Nadine. Jerry Coburn quedó ocupando su lugar en el ataúd.

—¡Santo Dios! —Exclamó Karla—. Es horrible...

Elliot y Cynthia, al igual que Karla Joggerst, sí parecían impresionados por la noticia.

Les dos hermanos intercambiaron una atemorizada mirada.

—Eso nada cambia nuestro propósito de mudanza —dijo Nadine fríamente —. Ya está todo preparado para...

—¡No podemos ir allí! —Gritó Elliot presa de los nervios—. ¡No quiero...!

Nadine le dirigió una despectiva mirada.

—¿Qué te ocurre, Elliot? ¿De qué tienes miedo?

—Yo... yo...
—Trasladar las maletas y todo lo demás a la furgoneta —ordenó Nadine —. Dentro de una hora os espero en Stoker. Yo me adelantaré para acelerar el trabajo del comisario. ¿Puede llevarme hasta allí, Sullivan?
—Por supuesto.
Abandonaron la casa.
Nadine aún mantenía el luto.
Aquel vestido negro que se ceñía provocativamente a su cuerpo.
Se acomodaron en el interior del «Corvette».
Observados por gran número de curiosos. Lo ocurrido en Stoker ya era conocido en la ciudad.
—Magnífico auto, Charles. Me compraré uno como éste.
Sullivan fijó sus ojos en la mujer.
Al sentarse, la falda del vestido subió hasta la mitad del muslo. Mostrando con turbadora generosidad las piernas seductoramente enfundadas en oscuras medias de blonda.
Admiró a Nadine.
Su belleza... y su escalofriante indiferencia.
El auto inició la marcha.
—Creí que te afectaría lo ocurrido, Nadine.
—Jerry Coburn era un bastardo. Nadie llorará su muerte.
—¿Qué me dices de la desaparición del cadáver?
Nadine se ladeó en el asiento apoyando el brazo en el respaldo. Los prominentes senos tensaron la tela al máximo.
—Te seré sincera, Charles. Lo único que no me gustaba de Stoker era la tumba de mi hermano John. Cuando se recupere el cadáver haré que le entierren en el cementerio de Fieldsville.
Sullivan parpadeó.
Sí.
Aquella mujer era algo único.
Despiadada.
Fría como el hielo...
Pronto divisaron Stoker.
El «Corvette» penetró en el recinto estacionando frente al porche.
El agente Bittner llegó procedente del pequeño bosque.
—Hola, Nadine...
—Buenos días, James —sonrió Nadine descendiendo del vehículo—. ¿Está aquí el comisario?
—No.
—¿Se han llevado a... Coburn?
—Sí. Creo que ya hemos terminado. El comisario me ordenó quedar para evitar que alguien se aproxime al panteón.
—Yo me encargaré de eso, James. Nadie irá por esa zona. Puedes irte.
— El comisario...

—Dile a Phillips que no quiero a nadie en mi propiedad —interrumpió Nadine—. Si quiere investigar que lo haga cuanto antes. No consentiré un ir y venir continuo de policías pisoteando el jardín.

El agente Bittner no replicó.

Giró sobre sus talones avanzando hacia el coche patrulla. Atrapó el micro de la radio entablando comunicación con la central. Tras breve conversación se situó frente al volante abandonando el amurallado recinto.

—Eres toda una autoridad, Nadine.

La mujer sonrió complacida.

—Hago valer mis derechos, Charles. En Fieldsville se me ¡espeta. Mis abuelos fueron de los primeros en instalarse aquí. Desciendo de una familia muy honorable, aunque eso ahora carece de importancia. El único poder emana del dinero.

Penetraron en la casa.

—¿Qué habitación has elegido, Charles?

—La última del corredor.

—¿Por qué? Es la más pequeña. La más reducida y con ventanal al bosque. Apuesto que desde allí se ve ese horrendo panteón.

—Lógicamente dejé las habitaciones de la fachada principal para ti y los tuyos.

Subieron la escalera.

Nadine en primer lugar.

Ladeó la cabeza.

Sonrió al descubrir la mirada de Sullivan fija en sus caderas. Acentuó el sensual movimiento.

La mujer comenzó a abrir las puertas del corredor.

Cuatro de las habitaciones tenían el ventanal enfocado en la fachada principal. La más espaciosa fue la seleccionada por Nadine.

—Abre la ventana, Charles. Aún perdura el nauseabundo olor...

—Era la habitación de John Joggerst, ¿no?

—En efecto. Mary Ann adecentó su cadáver, pero creo que se le fue la mano en el perfume.

Sullivan abrió el enrejado ventana!.

El mobiliario constaba de una cama con dosel, dos mesas de noche, un armario empotrado, dos butacas y un buró.

Predominaba el color negro.

—Treinta días en esta fúnebre casa —se lamentó Nadine—. Me desquitaré con creces. ¿Conoces Miami, Charles?

—Ahá.

—¿Y Las Vegas?

—Sólo he estado allí un par de veces.

—Podemos realizar un viaje juntos, Charles. Yo correré con todos los gastos. No será necesario que toques tus veinticinco mil dólares. Quiero disfrutar de la vida. Aún soy joven y bella... ¿verdad, Charles?

Nadine manipulaba en los botones superiores del vestido.

Tendió sus manos hacia Sullivan.

El detective la atrapó por la cintura besando los ardientes labios que le esperaban entreabiertos. Se unieron en volcánico beso. Nadine se apretujó contra él. Moviéndose sensual.

La mujer se distanció hasta caer sobre el lecho.

—Charles... ven...

Sullivan buscó de nuevo aquellos carnosos labios que respondieron con fogosidad. El cuerpo de Nadine parecía quemar a cada caricia.

La fría Nadine era todo fuego.

—Mi familia llegará dentro de una hora, Charles. Tenemos tiempo...

Sullivan no respondió.

No pudo.

Los devoradores labios de la mujer demandaban nuevos y apremiantes besos. Las manos femeninas le aferraban.

Se olvidaron de todo.

Incluso de que aquel mismo lecho había sido la cama mortuoria de John Joggerst.

CAPÍTULO VII

El sol estaba en lo alto del horizonte.

Proyectando sus rayos con virulencia.

Charles Sullivan se encontraba junto a! ventanal. Con un cigarrillo en los labios. Divisó la furgoneta que serpenteaba por el camino que conducía a Stoker.

—Ahí llega la familia, Nadine.

—¿Cómo dices?

Sullivan arrojó el cigarrillo por la enrejada ventana.

Giró lentamente.

Nadine estaba frente al espejo del armario. Con un slip de negro encaje por toda vestimenta. Ajustó el sujetador a sus opulentos senos.

—Tu familia va está aquí.

—Han sido puntuales —rió Nadine—. Me obedecen como perros.

La mujer se sentó al borde del lecho procediendo a enfundar las medias de blonda.

Con movimientos lentos.

Deliberadamente sensuales.

Se inclinó para recoger el vestido.

Charles Sullivan contemplo por última vez aquel escultural cuerpo provocativamente adornado con lencería de negro encaje.

El detective esbozó una cínica sonrisa.

Nadine mantenía el luto hasta en la ropa interior.

—Voy bajando, Nadine.

Sullivan descendió a la planta baja.

Salió al porche.

La furgoneta conducida por Elliot Joggerst se detuvo tras el «Corvette».

Karla fue la primera en descender.

—¿Dónde está Nadine?

—Aquí estoy, Karla —dijo la mujer apareciendo en el porche—. Subir todo al primer piso. Yo ocuparé la habitación grande. El señor Sullivan tiene la última del corredor.

Elliot se hizo cargo de las maletas y paquetes más pesados. Lo fue dejando todo en el porche.

Sudaba copiosamente.

Y no por efectos del sol.

Su nerviosismo era compartido por Cynthia.

Los dos hermanos rivalizaban en palidez.

Karla se había distanciado unas yardas para contemplar la fachada. Estudiando la habitación a elegir.

El rostro de Karla se desencajó súbitamente en una mueca de terror.

Extendió su esquelética mano señalando uno de los ventanales.

—Allí... ¡Hay alguien en aquella habitación...! ¡Tras las cortinas!

—¿Estás loca? —Recriminó Nadine—. Arriba no hay nadie. He inspeccionado las habitaciones una por una.

Sullivan fue rápido en reflejos.

Como una exhalación se adentró en la casa subiendo la escalera a grandes zancadas.

Retornó a los pocos minutos.

Encendiendo un cigarrillo.

Todos esperaban en el porche.

Ninguno se había atrevido a entrar.

—¿Y bien? —preguntó Karla con quebrada voz.

—Nadie. Anteriormente el comisario y yo registramos iodo minuciosamente. Incluso el sótano. Ahora, junto con Nadine, igualmente inspeccionamos las habitaciones. Tía Karla ha sufrido una alucinación.

—¡No me llame tía Karla! ¡Y no he sufrido alucinación alguna! He visto mover la cortina. Una mano muy blanca se aferraba a una de las rejas de la ventana.

—Una mano blanca —la palidez de Elliot se incrementó al máximo—. Era... era la enguantada mano de tío John... ¡Está aquí...! ¡Está aquí! ¡No ha muerto!

Nadine abofeteó el rostro de su sobrino.

—¡Basta de estupideces, Elliot!

Elliot retrocedió hasta tropezar con la furgoneta.

No se detuvo.

Giró emprendiendo veloz carrera hacia la salida. Corno alma que lleva el diablo. Haciendo caso omiso á las llamadas de Nadine,

—¿Qué le ocurre a tu hermano, Cynthia?

—No... no lo sé...

—¿De veras? Apuesto a que ha vuelto a drogarse —dijo Nadine, severamente—. También tú estás muy nerviosa. ¿Por qué?

—Me impresiona esta casa.

—¡Oh, claro...! Eres muy sensible —Nadine se tornó ahora sarcástica—. Puedes irte si gustas. En el Paradise Hotel encontrarás a algún cliente de paso que te ceda su habitación. No sería la primera vez, ¿verdad?

—¡Nadine! —Se escandalizó Karla—. No debes hablar así...

—Entremos. Hay mucho trabajo por hacer.

Nadine giró altiva.

Seguida de la dócil y sumisa Karla.

Cynthia quedó sollozando en el porche. Al percatarse de que solo estaba allí Charles Sullivan, cesó de gimotear. Sus ojos brillaron furiosos.

—La odio. La odio con todas mis fuerzas... Sería capaz de...

—¿De matarla? —concluyó Sullivan, succionando el cigarrillo.

—¡Sí!

—No lo dudo. Nadine tiene la parte del león. Sería un millón de dólares a

repartir.

—Lo haría por un mísero centavo.

Sullivan esbozo una amarga sonrisa.

John Joggerst fue castigado para mantener la dignidad de la familia. Su pecado fue enamorarse y embarazar a una muchacha humilde.

Ahora, veinte años más tarde, el decorado era bien distinto.

¿Qué quedaba de la dignidad y honor de los Joggerst?

Nadine, aunque guardando las apariencias, era una reprimida mujer ávida de sexo. Elliot un drogadicto. Cynthia prostituyéndose a los forasteros que pernoctaban en el Paradise Hotel...

Si John Joggerst levantara la cabeza...

Aunque...

Sí.

Es posible que ya la hubiera levantado.

* * *

El almuerzo no resultó muy ameno.

La poco cordial Karla apenas despegó los labios. Tampoco Cynthia se mostró locuaz. Unicamente Nadine se esforzaba en mantener la conversación con Sullivan.

Karla pasó a la cocina después de retirar el servicio ayudada por Cynthia.

—¿Tomamos el café en el salón, Charles?

—Discúlpame, Nadine. Quiero ver al comisario. Puede que haya descubierto algo interesante. Tal vez me demore. No esperarme para la cena. Me llevaré uno de los duplicados de la puerta de entrada.

—Dormirás aquí, ¿verdad? —Inquirió Nadine con insinuante voz—. No cerraré con llave la puerta de mi habitación.

Sullivan fingió no oír el comentario.

—Adiós, Nadine.

Salió al porche.

Cynthia estaba apoyada en la portezuela del «Corvette». Mordisqueando una manzana

—¿Te marchas?

—Ahá. ¿Vienes a Fieldsville?

—No puedo. Tengo que ayudar a adecentar esta pocilga. Limpiar el polvo, hacer las camas...

—Que te diviertas.

Cynthia no se apartó.

Su erguido busto rozó el brazo de Sullivan.

—Eres el detective de la familia, ¿no?

—En cierto modo. Fui contratado por John Joggerst.

—Un detective, al menos así ocurre en los telefilmes, es fiel a su cliente. No habla de sus confidencias y es sumamente discreto.

—Correcto.
—Mi hermano necesita ayuda, Charles.
—Conozco a un buen psiquíatra en Filadelfia. Le hará un buen descuento al ir de mi parte.
—Eres un tipo simpático —sonrió Cynthia—. Te había juzgado mal. Sí... creo que se puede confiar en ti. Ayer cometimos un grave error. Mi hermano y yo. Fuimos tentados por Jerry Coburn.
Sullivan entornó los ojos.
Aquello empezaba a interesarle.
—Sigue, Cynthia.
—Jerry Coburn nos convenció para robar el anillo a tío John. Yo quedé a la entrada del bosque mientras que Elliot y Coburn se aproximaban al panteón. A los pocos minutos escuché los gritos de Elliot. Llegó corriendo como un loco. Asegurando que tío John estaba vivo. No le pedí más explicaciones y corrí tras él. Al pasar junto a la puerta de la muralla nos aterrorizó el desgarrador alarido de Jerry Coburn. Aquello nos hizo correr más. No paramos hasta llegar a Starr Road. Esta mañana quise sonsacar algo a Elliot, pero está atemorizado. Su única respuesta es jurar que John Joggerst está vivo.
—Hablaré con él.
—Posiblemente le encuentres en Number. Un club de Krenz Street.
—Okay.
Charles Sullivan se acomodó frente al volante del Corvette».
Minutos más tarde ya circulaba por la Reed Avenue en dirección a Golan Park.
Estacionó frente a un edificio de una sola planta. De sólida construcción.
El agente Bittner estaba bajo el porche.
—Hola, James —saludó Sullivan descendiendo del auto—. ¿Está el comisario?
—Ahí dentro le encontrará.
Charles Sullivan penetró en la casa.
La estancia era amplia. Dos mesas escritorio a la izquierda. Al fondo una puerta que sin duda comunicaba con las celdas. Paralelamente a las mesas un despacho con puerta semividriera.
De allí salió un individuo con varios papeles en la mano.
Sullivan le reconoció.
Era el agente Logan.
El policía, al percatarse de la presencia del detective, retrocedió unos pasos empujando la puerta del despacho.
—Está aquí el señor Sullivan, comisario.
—¡Adelante, Charles! —invitó Gerald Phillips.
Sullivan se adentró en la estancia mientras que el agente Logan acudía a una de las mesas escritorio.
—Cierra la puerta y toma asiento. Charles.

El comisario Phillips estaba junto a un archivador metálico. Cerró uno de los cajones para acto seguido acomodarse en el sillón giratorio situado tras la mesa del despacho.

—¿Alguna novedad, Gerald?

—El forense acaba de comunicarme telefónicamente el resultado de la autopsia. Jerry Coburn recibió veinticuatro puñaladas en el pecho. El arma homicida fue uno de los punzones posteriormente hundido en el ojo izquierdo. Los dos punzones pertenecen a una caja de herramientas encontrada en el domicilio de Coburn. Al igual que la linterna. Los dos punzones delatan la existencia de un cómplice. El hombre que ayudó a Coburn a abrir el ataúd y luego le dio muerte. En los punzones las huellas están desdibujadas. Con la linterna hemos tenido más suerte. Hemos descubierto las de Jerry Coburn y las de otro hombre que ahora tratamos de identificar.

Charles Sullivan estuvo tentado de adelantar al comisario el nombre del individuo.

Elliot Joggerst.

De él serían sin dudas las huellas.

Decidió guardar silencio.

—¿Cómo lo ha aceptado la familia Joggerst? —Inquirió Phillips con burlona sonrisa—. ¿Muy apenados?

—Tú tenías razón, Gerald. Allí quedan. En Stoker. Felices y contentos.

—Iré a intercambiar unas palabras con Nadine. No me gusta que trate a mis agentes como lacayos. Esto no es Nueva York.

—¿Qué quieres decir?

—He solicitado informes al FBI. John Joggerst perteneció al sindicato del crimen. Fue uno de los grandes de la mafia neoyorquina. Controlando una de las zonas más importantes de Manhattan. Sobornando y corrompiendo a policías y políticos. John Joggerst, antes de venir aquí, rompió todo lazo con el sindicato. Les dio su parte en la organización. Eso sorprendió al FBI, aunque luego descubrieron la grave enfermedad de Joggerst. Era un hombre sentenciado.

—De ahí que el sindicato le dejara marchar.

—Correcto.

—Estaba al corriente de todo eso, Gerald. Forma parte de mi trabajo. Jamás acepto un caso sin conocer bien al cliente. El pasado de John Joggerst, su forma de amasar el dinero, era algo turbio; pero el FBI nunca encontró pruebas en su contra. Sus negocios eran aparentemente legales. El hecho de que el FBI le permitiera salir del estado de Nueva York lo confirma.

El comisario movió la cabeza.

—Sí. John Joggerst ha dejado de ser una preocupación para el FBI. Ahora es mi problema.

—¿Qué han dicho al conocer la desaparición del cadáver?

Gerald Phillips se reclinó en el sillón giratorio.

Sonrió.

—Comparten tu hipótesis, Charles. Jerry Coburn y un cómplice trataron de robar el anillo. El asesino de Coburn hace desaparecer el cadáver de Joggerst para despistar a la policía local. Según consejos del eficiente FBI no debo preocuparme por tan insignificante asunto.

Se abrió la puerta del despacho.

Un individuo penetró precipitadamente.

—¡Comisario...! ¡Ya tengo...!

El hombre se interrumpió ante la presencia de Sullivan.

—¿Qué hay, Richard? Richard Houser es nuestro experto en dactiloscopia —dijo Phillips—. Este es Charles Sullivan, investigador privado de Filadelfia.

Los dos hombres intercambiaron un saludo.

—Tengo algo relacionado con el caso Coburn.

—Adelante, Richard —indicó el comisario—. El señor Sullivan colabora con nosotros en el asunto.

—Las huellas de la linterna, comisario. La mayoría pertenecen a Jerry Coburn, pero he identificado las otras. Corresponden a Elliot Joggerst.

El rostro de Phillips reflejó estupor.

—¿Estás seguro, Richard?

—Totalmente, comisario.

Gerald Phillips reaccionó acudiendo hacia el interfono situado sobre la mesa escritorio para comunicar la orden de busca y captura de Elliot Joggerst.

CAPITULO VIII

Aquélla sí fue una noche animada en Fieldsville.

De todos ya era conocido que la policía trataba de localizar a Elliot Joggerst. Supuesto culpable de la muerte de Jerry Coburn.

Las calles de Fieldsville muy pobladas.

Los locales públicos muy concurridos.

Comentarios para todos los gustos.

Amenizados por el ir y venir de los coches patrulla que continuaban la búsqueda de Elliot Joggerst.

Sin resultado positivo.

Ni en Fieldsville ni en Stoker.

Elliot fue visto por última vez en el club Number y posteriormente en su casa de Starr Road,

Mary Ann Taylor, al regresar de su trabajo en la Friedman Company, no se sorprendió de la expectación reinante por las calles de Fieldsville. Hasta la compañía minera había llegado la noticia e incluso el comisario Phillips inspeccionó por aquella zona.

Mary Ann estacionó el auto en Starr Road.

Contrariamente a su costumbre, no cenó en el snack cercano a su domicilio. No quería participar en los comentarios y habladurías de la nutrida clientela del local.

Fue directamente a casa.

A la antaño consulta del doctor Taylor.

La casa de una sola planta con pequeño jardín a la entrada, fachada de ladrillo rojizo y amplio porche.

Mary Ann cerró tras de sí colocando en la puerta la cadena de seguridad.

Sobre la mesa del living dejó su maletín de enfermera.

Se encaminó al dormitorio.

En el contiguo cuarto de aseo abrió el grifo de la bañera.

Procedió a desvestirse.

Al desprenderse del uniforme quedó con dos prendas íntimas. En tul de nylon blanco.

Quedó inmóvil.

Rígida.

Con la inquietante sensación de que alguien la estaba observando. De que unos ojos recorrían lascivamente su cuerpo.

Mary Ann se reflejó en el espejo del baño.

Sonrió levemente al ver la expresión de su rostro.

Se había dejado impresionar por los últimos acontecimientos ocurridos en Fieldsville.

Cerró la llave de la bañera después de comprobar la temperatura del agua.

Extendió las sales.

El cuerpo de Mary Ann, instantes antes de introducirse en la bañera, lució en toda su perfección. Sus senos, aunque pequeños, eran erguidos y firmes. El vientre liso. Las caderas levemente pronunciadas.

Mary Ann no disfrutó plenamente del baño.

De nuevo tuvo aquella extraña sensación.

Unos ojos invisibles que la contemplaban.

La muchacha decidió dar por terminado el baño. La toalla apenas secó su cuerpo. Se cubrió con una bata que anudó a la cintura.

Fue a! pasar al dormitorio cuando se percató del penetrante olor.

Un fuerte perfume.

Un olor que fue fácilmente identificable para Mary Ann.

Una loción.

Un ungüento característico y muy utilizado en cadáveres.

Sí.

Mary Ann lo reconoció.

Ella misma lo había utilizado en John Joggerst.

La palidez de la azucena asomó al rostro de Mary Ann. Retrocedió hasta la mesa de noche. Con temblorosa mano atrapó el teléfono allí emplazado.

Ninguna señal.

La joven tecleó desesperadamente.

—Es inútil, Mary Ann.

La voz surgió á espaldas de la muchacha.

Casi quemándole en la nuca.

Giró con rapidez iniciando un grito que fue bruscamente cortado por una enguantada mano. AS intentar zafarse recibió un violento golpe en el seno izquierdo.

Mary Ann boqueó sin respiración.

Contemplando horrorizada al hombre que estaba junto a ella.

Volvió a golpearla.

Ahora en el vientre,

Mary Ann se dobló cayendo de rodillas. Con la boca desmesuradamente abierta, aunque sin dejar escapar el menor sonido.

—¿Ya más tranquila, Mary Ann? —Rió el individuo—. Bien... Eso está mejor. Vamos a pasar un buen rato juntos.

La atenazó por los hombros arrojándola sobre el lecho.

Arrebató el lazo de la bata utilizándolo para sujetar las muñecas de la muchacha a los barrotes de la cama. Rasgó una sábana inmovilizando también los pies de Mary Ann. Por último le colocó una mordaza.

La bata quedó abierta.

—Eres muy bonita... Kathryn también lo era. Sospecho que no la recuerdas. Tú eras entonces muy pequeña, pero apuesto que tu padre sí la recuerda. Tu padre está en el infierno y vas a reunirte con él, Mary

Ann Se llevará un gran disgusto al verte llegar. Envíale mis saludos.

Mary Ann contemplaba al hombre con ojos desorbitados por el terror.

La mano derecha, protegida por aquel guante blanco, acarició el crispado rostro de la muchacha.

—Tiene que ser una muerte lenta, Mary Ann. Tu padre nos contempla desde el Averno. Será un sufrimiento más que añadir a los proporcionados por Satán. Lo lamento, pero debes pagar sus culpas. Ciertamente es triste destrozar un cuerpo como el tuyo, Mary Ann.

La joven se estremeció al sentir aquella enguantada mano sobre su cuerpo.

El hombre se incorporó bruscamente.

Abandonó la estancia retornando a los pocos segundos.

En sus manos el maletín de enfermera.

Lo abrió depositándolo en el lecho.

Comenzó a manipular entre las jeringuillas y agujas.

—Debe ser divertido —rió el individuo acoplando una de las agujas. Tomó un frasco al azar—. Eso es... penicilina. Un gran invento la penicilina. Te la inyectaré en el ojo izquierdo.

El rostro de Mary Ann se desencajó.

Comenzó a sacudir la cabeza presa del pánico.

La zurda del individuo aferró los cabellos femeninos.

El indescriptible terror reflejado en los ojos de Mary Ann se incrementó al máximo al ver la aguja aproximarse a su rostro.

La jeringuilla repleta.

Mary Ann cerró con fuerza los ojos.

La aguja perforó salvajemente su párpado hundiéndose en el ojo izquierdo a la vez que el émbolo empujaba el líquido.

La mordaza acalló el grito de Mary Ann reflejándose en un violento espasmo que sacudió el cuerpo femenino.

La carcajada del individuo llegó a Mary Ann muy lejana. Como procedente de un profundo abismo. De una de las cavernas del infierno...

Tomó otro frasco.

Morfina.

Y luego otro.

Y otro...

La más espeluznante y monstruosa muerte esperaba a la infortunada Mary Ann.

* * *

Charles Sullivan había cenado en el restaurante del Paradise Hotel.

No participó en la búsqueda de Elliot Joggerst. Desconocía la ciudad y las costumbres del joven Elliot. Aquélla era misión del comisario Phillips y sus hombres. Tarde o temprano le localizarían.

Sullivan caminó por Golan Park con un cigarrillo en los labios.

Aquélla era la zona mejor iluminada de Fieldsville. Había una gran concurrencia. La noche seguía animada.

Sullivan llegó junto al agente Logan, que custodiaba la entrada a las oficinas del comisario.

—Buenas noches, Logan. ¿Ya ha regresado el comisario?

El policía denegó con un movimiento de cabeza.

—Sigue dando batidas por los alrededores.

El ulular de las sirenas de un coche patrulla alertó de la llegada del vehículo a toda velocidad.

El auto frenó con estridente chirriar.

La sirena no enmudeció.

El comisario Gerald Phillips, al volante del vehículo, abrió la portezuela.

—A ti te buscaba, Charles. ¡Sube!

Sullivan obedeció sin formular pregunta alguna.

La expresión en el rostro de Phillips indicaba que algo grave había ocurrido.

El coche patrulla se alejó de Golan Park.

—Hemos encontrado a Elliot, Charles. Muerto.

—¿Muerto...?

Las manos del comisario se crisparon sobre el volante.

—Sí, Charles. En una cueva de Brown Creek. A menos de una milla de aquí. Tenía las manos atadas a la espalda. Le seccionaron la yugular y un brutal tajo en el vientre... Algo realmente alucinante.

—¿Ya lo has comunicado a los Joggerst?

—Sí. He dejado a uno de mis hombres en Stoker, pero quiero que tú permanezcas también allí. Controlando todo aquello. Pensabas dormir en la casa, ¿verdad?

—Y ahora con mayor motivo, Gerald. La muerte de Elliot cambia totalmente el decorado.

—Cierto. Elliot y Coburn fueron juntos a robar en la tumba de John Joggerst. Ambos están ahora muertos. ¿Por qué? La única respuesta está en el testamento. Uno de los herederos es el asesino.

—¿Tienen coartada?

El comisario rió agriamente.

—Oh, sí... Ninguna de las tres mujeres abandonó Stoker en todo el día. La noticia, aunque Nadine se esforzó en ocultarlo, les ha afectado. Especialmente a Cynthia. Los dos hermanos estaban, muy unidos.

—¿Cómo llegó Elliot hasta esa cueva?

—En su motocicleta.

—Eso indica que el asesino le esperaba allí o bien le habían citado con anterioridad. Debía gozar de su confianza.

—Sospecho de las tres, Charles. Es fácil, con tantos miles de dólares en danza, contratar a un asesino a sueldo. Nadine, Karla... o la mismísima Cynthia.

—Queda Mary Ann Taylor.

Gerald Phillips desvió momentáneamente la mirada del parabrisas.

Fijando sus ojos en el detective.

—Mary Ann rechazó su parte. ¿Lo has olvidado?

—Eso no la descarta como sospechosa. Dentro de un mes puede presentarse tranquilamente en Nueva York y reclamarla.

—Es ridículo sospechar de Mary Ann. He dado orden ahora mismo, después de descubrir lo de Elliot, que el agente Bittner acuda al domicilio de Mary Ann. No para someterla a vigilancia, sino para protegerla. Todos" los herederos van a estar bajo control hasta que descubra al maldito hijo de perra que...

El comisario se interrumpió al cruzar la muralla de Stoker.

Frenó frente al porche.

Un agente uniformado descendió los escalones.

—¿Alguna novedad, Sammy?

—Ninguna, comisario. Es fácil controlar toda la casa. La puerta principal es la única entrada. No hay puerta trasera y todas las ventanas están enrejadas.

—No pe imitas que nadie saiga de aquí en toda la noche. Bajo ningún pretexto. Mañana a primera hora estaré aquí para interrogar minuciosamente a la familia Joggerst. Ahora debo regresar a Brown Creek para proceder al traslado del cadáver de Elliot.

Sullivan va había descendido del auto.

—No pegaré ojo en toda la noche, Gerald. Si me necesitas para algo...

—Gracias, Charles. Ya es suficiente con que vigiles a las damas de ahí arriba.

El comisario Phillips maniobró en el auto enfilando nuevamente hacia el portalón de la muralla.

No tomó el camino que conducía a Fieldsville, sino que se adentró por una comarcal sin asfaltar.

No se había alejado trescientas yardas de la siniestra mansión de Stoker, cuando recibió una llamada por radio.

—Central a coche uno... Central a coche uno...

Phillips atrapó el micro.

—Aquí coche uno. Te escucho, Logan.

La voz carraspeó.

—Comisario, soy Bittner...

—¿Qué haces en la Central, James? ¡Te ordené que quedaras frente a la casa de Mary Ann! Debes vigilar toda la noche.

—Ya no es necesario, comisario... Mary Ann está muerta.

CAPITULO IX

Gerald Phillips no llegó a primera hora de la mañana.

Los rayos de sol caían ya perpendiculares cuando hizo su aparición en Stoker.

Charles Sullivan y el agente Sammy Curtis estaban fumando bajo el porche.

Ninguno habló al ver descender del auto al comisario Phillips. Con marcadas huellas de cansancio en el rostro, aunque en sus ojos un fuerte brillo.

—¿Ya conocéis lo ocurrido?

—Víctor Douglas se detuvo esta mañana antes de acudir a la Friedman Company. Ya sabe cómo es Víctor, comisario —dijo Sammy Curtis—. Habló por los codos. Fue él quien nos comunicó la muerte de Mary Ann Taylor.

—Puedes ir a descansar unas horas, Sammy.

—Usted lo necesita más que...

—Obedece, Sammy.

—Sí, comisario.

El agente Curtis se alejó hacia el coche patrulla estacionado junto a la furgoneta de los Joggerst. Poco más tarde abandonaba el lugar.

Phillips se dejó caer en uno de los escalones del porche.

Mesó con ambas manos los cabellos.

—¿Un cigarrillo, Gerald?

—Sí... Gracias... ¡Oh, Dios! ¿Qué significa todo esto, Charles? ¿Por qué estas horribles muertes? ¿Por qué ensañarse tan monstruosamente con las víctimas? Jamás olvidaré... No.,, no podré borrar de mi mente el cuerpo de Mary Ann. Su bello rostro estaba deformemente hinchado, acribillado a pinchazos de jeringa... los ojos...

El comisario hizo una pausa.

Succionó el cigarrillo.

Nerviosamente.

—Le inyectaron todos los frascos de medicina que portaba en el maletín, Charles. Penicilina, suero, morfina... Más de una veintena de pinchazos en el rostro y en el pecho.

—¿Te preguntas por qué ese ensañamiento con las víctimas? El asesino quiere hacer creer que todo es obra de John Joggerst. Que se ti ata de su venganza.

—¿Otra cortina de humo? No, Charles... Incluso ya descarto que el asesino sea uno de los herederos o haya contratado a un asesino a sueldo. Todo es demasiado diabólico... Tres muertos en poco más de veinticuatro horas. Elliot fue asesinado ayer al mediodía. Poco después de que iniciáramos su búsqueda. Mary Ann unas horas más tarde...

Se abrió la puerta de la casa.

Nadine y Cynthia se detuvieron bajo el porche.

—¿Y bien, comisario? —Inquirió Nadine con los brazos en jarras—. ¿Piensa mantenernos encerradas por mucho tiempo?

—Gerald sólo trata de protegernos, Nadine —comentó Karla, surgiendo bajo el umbral—. ¿No es cierto, comisario?

—¡Termina de hacer !as habitaciones, Karla!

—Sí, Nadine...

Karla retornó al interior de la casa.

—¿Qué decide, comisario? —Volvió a interrogar Nadine—. Necesito efectuar varias compras en Fieldsville. ¿O prefiere que pase el pedido a uno de sus agentes?

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Un par de horas como máximo.

—Bien. Puedes ir, Nadine.

—Muy amable, comisario —respondió la mujer con marcada ironía—. En marcha, Cynthia.

Las dos mujeres fueron hacia la furgoneta.

Cynthia se hizo cargo del volante.

El comisario escupió tras contemplar la salida del vehículo.

—Maldita bruja... Apuesto que bailó el día que enterraron a su madre.

—Es una mujer extraña, Gerald: pero sospecho que su aparente frialdad es fingida. Tiene miedo. Al igual que Karla y Cynthia.

Quedaron en silencio.

Hasta terminar el cigarrillo.

—Voy hasta Fieldsville. Quiero recuperar mi auto.

—¿Quieres que avise a un taxi por la radio? —se ofreció Phillips.

—No. Es un corto paseo y me hará bien despejarme un poco. También yo estoy aturdido por los precipitados y trágicos acontecimientos. No comprendo...

Un espeluznante alarido interrumpió a Sullivan.

Un desgarrador grito de terror procedente del interior de la casa.

—¡Es Karla! —exclamó Phillips incorporándose de un salto.

Los dos hombres se adentraron velozmente en la casa.

El comisario había desenfundado su revólver.

Karla no volvió a gritar, pero sí se escuchó un extraño sonido. En la escalera que conducía al piso superior.

Sullivan y Phillips quedaron momentáneamente paralizados por el terror.

Aquel ruido era motivado por la cabeza de Karla al caer rebotando en cada uno de los peldaños.

La cercenada cabeza iba dejando tras de sí un sanguinolento rastro.

Se detuvo en el último escalón.

A escasas pulgadas de las botas de Phillips.

El comisario reaccionó ciego de ira. A grandes zancadas subió la escalera seguido de Sullivan.

El decapitado cuerpo de Karla estaba en el corredor. Del brutal tajo la sangre manaba a borbotones.

—Queda aquí, Charles —indicó Phillips—. No te separes de la escalera.

Sullivan también se había apoderado de su revólver.

Contempló como el comisario iba inspeccionando una por una las habitaciones del largo corredor. Dedicando a cada una de ellas largos minutos.

Gerald Phillips retornó poco más tarde.

Pálido.

—No hay nadie, Charles...

—Eso no es posible... No puede haber escapado, Gerald. ¿Has comprobado los barrotes de las ventanas?

—Sí. Todos en perfecto estado.

Charles Sullivan, como si no diera crédito a las palabras del comisario, avanzó hacia la primera de las habitaciones y posteriormente se adentró en las restantes.

—¿Convencido, Charles?

Sullivan no contestó.

Encendió un cigarrillo sin controlar un leve temblor en las manos.

—¿Cómo, Gerald? ¿Cómo pudo escapar? No le dimos tiempo. Es de suponer que estaba aquí cuando decapitó a Karla y empujó la cabeza escalera abajo. Nosotros llegamos a tiempo de verlo. No podía estar en la planta baja. ¡No puede desaparecer como un fantasma!

—Es un fantasma, Charles.

—No te comprendo...

Phillips se había inclinado sobre el mutilado cadáver.

Karla yacía de bruces. Con los brazos extendidos. Su diestra aferraba una blanca tela.

Era un guante.

El comisario lo cogió.

—¿Qué ocurre, Gerald...? ¿Te resulta familiar ese guante?

—Tú no presenciaste el entierro de John Joggerst, ¿verdad?

—No.

—Tampoco yo —dijo Phillips con voz apenas audible—, pero sí contemplé el cadáver horas antes. John Joggerst, con un elegante traje negro... y las manos enfundadas en blancos guantes. Y éste es uno de ellos, Charles.

* * *

Nadine ya no era la mujer fría e indiferente.

El miedo asomaba a sus ojos y desdibujaba sus facciones en una nerviosa mueca.

Dio un respingo al oír iniciar las doce campanadas de medianoche. Atrapó un cenicero estrellándolo contra el reloj de pared.

—Procura calmarte, Nadine.

—¿Calmarme? ¿Lo estás tú, Gerald? ¡Cuatro muertos! ¡Cuatro asesinatos!... Sólo quedamos Cynthia y yo. Es obra de John. ¡Su venganza desde el Más Allá! Me odia... Yo fui la que más atacó su amor con Kathryn. Despreciaba a Kathryn. Me complacía humillarla. Mi hermano quiere ahora vengarse.

—John Joggerst está muerto, Nadine —dijo el comisario secamente—. ¡Muerto!

—Ha hecho un pacto con Satanás. Sí... eso ha hecho —rió Nadine paseando nerviosamente por el despacho—. Le convenció para que le permitiera salir del infierno y vengarse de todos nosotros. Y Satán aceptó. Jerry, Elliot, Mary Ann, Karla..., nuevos habitantes del Averno...

Sullivan vació la copa de brandy.

—¿Quieres beber algo, Nadine? Te calmará los nervios.

—¡Al diablo contigo! —Gritó la mujer—. ¡El gran detective!... ¿Aún sospechas que el asesino es uno de los herederos? ¿Quién, Charles? ¿Cynthia o yo? Malditos ineptos. Karla fue asesinada ante vuestras narices.

Gerald Phillips, acomodado tras la mesa escritorio, inspiró con fuerza.

—Vete a dormir, Nadine. Tenemos toda la casa controlada. La mayoría de mis hombres están aquí. El agente Bittner está ahora frente a la habitación de Cynthia. Logan frente la tuya. Durante toda la noche. Dos agentes más patrullan por el exterior...

—¿De qué servirá todo eso? ¡El espíritu de John puede filtrarse por las paredes! ¿No lo comprendes? ¡Es mi hermano John que ha regresado del Reino de las Tinieblas! ¡No quiero morir!... ¡No quiero morir!...

Sullivan se aproximó a la mujer.

Rodeó protectoramente sus hombros.

—Vamos, Nadine... Sube a descansar... ¿Tienes algún somnífero?

Nadine asintió.

—Perfecto. Pronto terminará esta pesadilla, Nadine. Nada más ocurrirá. Estamos aquí para evitarlo.

Charles Sullivan intercambió una significativa mirada con el comisario. Este se incorporó situándose también junto a la aterrorizada mujer.

Abandonaron el despacho.

Al llegar a la escalera se les unió el agente Sammy Douglas.

La habitación de Nadine fue inspeccionada nuevamente por el comisario.

—Sigue el consejo de Charles Un somnífero te ayudará a dormir. Si necesitas algo sólo tienes que dejar oír tu voz. Logan no se separará de la puerta. Yo estaré deambulando por toda la casa. Ni un solo segundo quedarás sin protección. Ni tú ni Cynthia.

Phillips abandonó la habitación cerrando tras de sí.

De inmediato escuchó como Nadine manipulaba en la llave y colocaba el pasador de seguridad en la puerta.

—No ha quedado muy convencida —comentó Sullivan esbozando una

sonrisa—. No la culpo. Yo mismo siento la piel de gallina.

—¿Por qué no descansas tú también, Charles? Ya has pasado en vela toda la noche de ayer.

Sullivan cerró repetidamente los ojos procediendo a un leve masaje en las sienes.

—Sí, me encuentro algo fatigado, pero con unas pocas horas será suficiente. Puedes llamarme, Gerald. Haré uno de los turnos de aquí o del exterior.

—De acuerdo, Charles; aunque opino que ésta será una noche tranquila.

Sullivan se alejó hacia el final del corredor, introduciéndose en su habitación.

No compartía la opinión del comisario Phillips.

Aquélla no iba a ser una noche tranquila.

No podía serlo con el fantasma de John Joggerst vagando por la casa.

* * *

Nadine dejó encendida la lámpara de la mesa de noche.

Tomó dos somníferos antes de introducirse en el lecho.

Sus ojos recorrieron la estancia. Aquellas frías paredes y los severos muebles. La iluminación de la lámpara hacía aparecer desproporcionadas sombras.

Nadine descendió la sábana hasta la cintura.

Tenía el cuerpo bañado en sudor.

Un sudor frío originado por el terror.

El tenue camisón, su única prenda, se pegaba al cuerpo como una segunda piel.

Nadine fue cerrando lentamente los ojos.

No pudo ver cómo la puerta del armario empotrado se iba abriendo poco a poco. Muy suavemente.

Sin el menor ruido.

Lo primero en asomar fue una enguantada mano.

Segundos más larde una fantasmagórica sombra avanzaba hacia Nadine.

La mujer seguía con los ojos cerrados. El descompasado subir y bajar de sus opulentos senos delataba que su sueño no era tranquilo; aunque pronto se convertiría en descanso eterno.

—Nadine... Nadine...

La voz, más bien un leve susurro, hizo entreabrir los ojos a la mujer.

Y entonces le vio.

Inclinado sobre ella.

Sonriendo en demoníaca mueca.

El hombre actuó de inmediato. No permitió que el grito brotara de Nadine. Con la zurda le taponó la boca mientras que su mano derecha, empuñando un cuchillo de ancha y afilada hoja, realizaba un salvaje corte en la garganta de

Nadine. Seccionando limpiamente la yugular.

El cuerpo de la mujer se agitó en violento espasmo para seguidamente quedar inmóvil.

—Ahora tu corazón, Nadine —el asesino desgarró el camisón hasta la cintura—. Es una apuesta. Se asegura que no tienes corazón. Ahora lo comprobaremos...

Cuando se disponía a hundir el cuchillo en el seno izquierdo de Nadine, sonaron precipitados pasos por el corredor y segundos más tarde unos golpes en la puerta de la habitación.

—¡Tenemos que derribarla! —dijo una voz desde el corredor.

El asesino profirió una soez maldición, precipitándose hacia el interior del armario. No sin antes dejar el cuchillo hundido en el pecho de Nadine.

Dirigió una última mirada a la mujer.

Sonrió con satánico brillo en los ojos.

Habían interrumpido su trabajo, pero sin evitar que Nadine cruzara también la frontera hacia el Más Allá.

CAPITULO X

Gerald Phillips estaba apoyado en la puerta.

Con el revólver en la diestra.

Trazando semicirculares miradas por la habitación.

Un leve ruido hizo centrar sus ojos en, el armario empotrado que casi cubría una de las paredes.

Se abrió la puerta del mueble para dar paso a un individuo que quedó bruscamente inmóvil al descubrir la presencia del comisario.

—Adelante, Charles. Sal de ahí —dijo Phillips, encañonándole con el revólver—. Ignoraba por dónde ibas a aparecer.

Sullivan obedeció.

Con los blancos guantes teñidos de sangre.

—Tampoco yo esperaba verte aquí, Gerald... ¿Cómo has entrado? Dejé la puerta de mi habitación cerrada con llave y el pasador fijo.

El comisario contempló aquellos ensangrentados guantes.

Apretó con fuerza las mandíbulas.

—También Nadine lo hizo, pero tú lograste entrar. Mis hombres no llegaron a tiempo, ¿verdad?

—No, Gerald. La encontrarán muerta.

—Sucio hijo de perra...

Sullivan sonrió.

—¿Cómo me has descubierto, Gerald? Me sorprende en un comisario de villorrio.

—Tenia leves sospechas. Empezaron con Elliot. Tú estabas presente cuando ordené su caza y captura. Sus amigos me comentaron que Elliot recibió una llamada telefónica que le hizo abandonar precipitadamente el club Number. Alguien le avisó de la orden de detención.

—Correcto. Yo sabía que Elliot estaba en el Number, pero no podía permitir que cayera en tus manos.. En una celda me sería muy difícil liquidarle. Le metí miedo en el cuerpo para que escapara de ti prometiéndole mi ayuda. Me citó en una cueva... y allí le maté.

—¿Por qué, Charles?

—Es mi trabajo, Gerald. Aunque tengo licencia de investigador privado, mi ocupación preferida es realizar delicadas misiones para clientes muy importantes. Soy un asesino a sueldo. Un profesional del crimen. El mejor. John Joggerst lo sabía y de ahí que me encomendara el trabajo.

—Matar a todos sus herederos.

—Ahá. No recibiré por ello veinticinco mil cochinos dólares, sino un millón. Sí, Gerald. ¡Un millón de dólares! El sobre que guarda el notario Mulhare contiene una llave de una agencia de depósito. En la cabina correspondiente a esa ¡lave hay un maletín con el millón de dólares. Mi paga por liquidar a los herederos. John Joggerst me advirtió de lo... especial del

caso. Sus herederos no debían morir de forma vulgar. Los asesinatos tenían que ser recordados siempre en Fieldsville y en todo el Estado. Convertirían a Fieldsville en una ciudad maldita.

—La venganza de John Joggerst...

—Ciertamente era un tipo rencoroso. Su plan me pareció en verdad diabólico. Yo tenía que suplantarle.

Hacer creer que todo era obra de John Joggerst llegado del Más Allá. Tenía que horrorizar a las víctimas antes de dar el golpe final. Todo salió conforme a su plan. Sí, diablos. John les conocía bien. Se hizo enterrar con un anillo de gran valor. Convencido de que alguno de los herederos intentaría robarlo. Y entonces comenzarían las muertes... Jerry Coburn, Elliot, Mary Ann, Karla, Nadine... Sólo me quedó Cinthia. Unas horas más y todo hubiera sido perfecto. Me has hecho perder un millón de dólares, Gerald. Me equivoqué contigo. No eres el clásico comisario de voluminosa barriga que toma el sol bajo el porche. Eres inteligente..., tal vez lo suficiente inteligente como para repartir conmigo el millón de dólares.

El movimiento de Phillips fue rápido.

El brazo armado trazó un semicírculo.

El punto de mira del revólver dibujó un sanguinolento surco en la mejilla izquierda de Sullivan.

—Ni por todo el oro de! mundo te dejaría escapar —dijo el comisario con fría voz—. Tienes que pagar tus monstruosos crímenes, Charles, Por supuesto que se recordarán con horror, pero también se dirá que el asesino fue castigado.

Sullivan se limpió la sangre con el dorso de la mano.

—Debí suponerlo... Tu inteligencia es nula. Fue un golpe de azar el descubrirme.

—No lo niego. Nadine me dio la idea al decir que el espíritu de John se filtraba por las paredes. Eso me hizo recordar las obras que John Joggerst ordenó realizar en Stoker. No utilizó albañiles de aquí, sino que llegaron de fuera. Hombres de su confianza. El trabajo a realizar en Stoker también era especial. Túneles y pasadizos secretos que comunicaban una habitación con otra, que enlazaban con el sótano e incluso llegaban a! panteón. Y fue allí donde empecé. En la abierta fosa. Pronto descubrí el doble fondo y el túnel que me condujo a la bodega.

—Y allí descubriste también a Harry Glystone.

—Aún ignoro su nombre. Me limité a machacarle la cabeza dejando para más tarde los interrogatorios, aunque deduzco que es tu cómplice.

—Mi ayudante —rectificó Sullivan con cínica sonrisa—. Le he permitido que liquidara a Jerry Coburn y a Karla. Es un buen discípulo. Se caracterizó como John Joggerst y ocupó su puesto en el ataúd. El cadáver de John le encontrarás enterrado en el túnel. Un oculto dispositivo de alarma, que luego retiramos, nos alertó de que alguien manipulaba en la fosa. Mi ayudante Glystone, cómodamente oculto en una habitación secreta de la bodega, acudió

al panteón para tomar el lugar de John Joggerst. El resto ya lo conoces. Un maravilloso plan que se estropeó casi en su final. Lamentable.

—Bastardo... Tu cinismo desaparecerá cuando seas juzgado y condenado.

—Unas veces se gana y otras...

La velocidad de Charles Sullivan fue pasmosa. En su mano derecha apareció el revólver, pero no fue lo suficientemente rápido en disparar.

Phillips lo hizo antes.

La bala golpeó a Sullivan en el pecho.

Muy cerca del corazón.

El impacto le obligó a retroceder contra la pared para acto seguido caer lentamente.

—Eh, Gerald...

—Avisaré al doctor.

—No te molestes.. Ha sido un buen disparo... Te lo agradezco. Un profesional... del crimen no debe ser... juzgado, es mejor así... Adiós, comisario... Voy a reunirme con John y los demás... Celebraremos... una gran fiesta en el infierno...

Una bocanada de sangre ahogó las últimas palabras de Sullivan.

Quedó inmóvil

Con la mirada fija en el techo.

Con un extraño brillo en los ojos.

Como si realmente estuviera ya participando en la orgía a celebrar en el Averno.

EPILOGO

Cynthia esbozó una sonrisa.

—No lo apruebas, ¿verdad, Gerald?

Phillips succionó el cigarrillo.

Exhaló una bocanada de humo contemplando a la muchacha.

—¿ES qué?

—Mi marcha a Nueva York para hacerme cargo de la herencia Dos millones trescientos mil dólares. Es un dinero maldito. Manchado de sangre. Lo sé. No he cesado de oírlo en estas tres últimas semanas. Todos en Fieldsville me acusan de...

—Escucha, Cynthia —Phillips sujetó los hombros de la joven—. Escucha atentamente. Ese dinero no está maldito ni manchado de sangre. Es tuyo. Te pertenece. No hagas caso a los comentarios de Fieldsville. Las habladurías de aquí marcaron trágicamente a John Joggerst. Si tú te quedas aquí renunciando a la herencia, los mismos que ahora le lo aconsejan te atormentarán de por vida recordando lo ocurrido. Abandona Fieldsville para siempre. Creo que la tragedia vivida te ha hecho cambiar, ¿no es cierto?

—Sí, Gerald, pero tengo miedo. Todo ese dinero...

—Ciertamente es una buena cantidad. En Nueva York te espera un agente del FBI, que te ayudará en todo lo que necesites. Es un buen amigo mío. Confía en él. Se puede hacer muchas cosas con dos millones de dólares. John Joggerst las hizo malas y de ahí que se considere a su dinero maldito. En tus manos está el cambiarlo, Cynthia. Utilízalo bien. Ayuda a quienes acudan a ti. Borra el recuerdo y la imagen de John Joggerst con tus buenas obras. Sería también un buen ejemplo para los hipócritas de Fieldsville.

—¡Señorita Joggerst! —Llamó un individuo desde el autobús estacionado a poca distancia—. ¡Ya vamos con retraso!

Cynthia pareció no oírle.

Se estiró para besar a Phillips..

—Adiós, Gerald.

—Buena suerte, Cynthia.

La muchacha corrió hacia el autocar.

Seguida de envidiosas miradas.

De las envidiosas miradas de los habitantes de Fieldsville.

Gerald Phillips consultó su reloj.

Silbando alegremente se encaminó hacia el Golan Park. Allí le esperaba Pamela Sargent, la bella maestra de Fieldsville. Almorzarían juntos, A la noche acudirían al cinema. Como todos los martes.

La vida rutinaria de una pequeña ciudad.

Aunque Fieldsville había quedado marcado para siempre.

No se olvidarían jamás los monstruosos crímenes allí cometidos.

En eso sí había triunfado John Joggerst.

FIN